

Spir-off de
Dame una
cita. Lucia

Andre

& Kira

La historia de un beso

m. covanni

Título

Andre & Kira

La historia de un beso
m. covani

Derechos

Título: Andre y Kira, la historia de un beso

Copyright © 2019 M. Cavani

Esta es una obra de ficción basada en los personajes secundarios de la novela *Dame una cita, Lucía*.

Todos los incidentes y lugares en los que se desarrolla la historia son producto de la imaginación de la autora. Si algún evento se relacionase con la realidad es pura coincidencia.

Las menciones de algunas marcas comerciales, medios de comunicación y clubes internacionales de fútbol han sido utilizados sin la autorización o patrocinio de los mismos.

Se prohíbe la distribución electrónica o material de este trabajo sin la autorización de su autora.

Se reservan todos los derechos.

Primera edición.

Sinopsis

Andre ha estado enamorado de Kira desde que llegó a su secundaria, mientras ella jamás le ha hecho caso, para Kira el volley es su único y verdadero amor; pero una noche inesperada sucede algo que ni el azar habría previsto: un beso entre los dos. Desde entonces, Andre no ha hecho otra cosa que tratar de recordarlo mientras Kira solo quiere olvidarlo.

Importante

Antes de leer *Andre y Kira, la historia de un beso*, debes considerar que es un *spin-off* de la novela juvenil *Dame una cita, Lucía* y que podría contener *spoilers*.

Mensaje

Cuando conduzcas, no utilices el teléfono móvil.

Cuando ingieras alcohol, no conduzcas.

Sé responsable.

Valora tu vida y la de los demás.

Tabla de contenido

[Título](#)

[Derechos](#)

[Sinopsis](#)

[Importante](#)

[Mensaje](#)

[Tabla de contenido](#)

[Introducción](#)

[Una hora antes](#)

[Los labios de un ángel](#)

[Tú y yo *jamás* nos hemos besado](#)

[¿Celosa?](#)

[Jodidamente preciosa](#)

[El único chico del planeta](#)

[Hombres de negro](#)

[No quiero saber de ella](#)

[Confesión](#)

[Primer beso](#)

[Tres semanas después](#)

[Bonus: Dame una cita, Lucía](#)

[Más de la autora](#)

Introducción

Muchas veces he visto que algunos autores hacen *spin-off* de los personajes secundarios de sus novelas, y, como severa crítica que soy de todo en general, siempre me lo he cuestionado —*grave error*—, especialmente porque, basado en lo poco que he leído, estas historias cortas, o novelas, no suelen tener el mismo espíritu con que fue escrita la original y muchas, me ha parecido, no han tenido intención. En aquel entonces, no preví que en el futuro escribiría una también.

La idea de hacer algo con dos de los personajes secundarios de mi novela juvenil *Dame una cita, Lucía* se presentó cuando escribía la historia original; me gustaba tanto el personaje Andre y el amor que sentía por la altiva, vanidosa y competitiva Kira Seri, que no he podido evitarlo, necesitaba explorar lo que pasó entre ellos, en sus sentimientos y en ese beso que él no podía recordar con claridad y que ella se empeñaba en negar, así como la sorpresa que yo misma me llevé, casi al término de *Lucía*, cuando Kira, de forma muy somera, le cuenta a su amiga cómo sucedió el beso que les unía y separaba al mismo tiempo.

Por supuesto que siendo ésta una historia aparte de los personajes secundarios de *Dame una cita, Lucía* había que pulir lo ya existente, así que algunos diálogos han sido ligeramente modificados de la novela original, apenas una palabra más o una menos, estrictamente lo necesario, para que, como en otros *spin-off*, este no se quede atrás y no se haga cansón.

Una vez aclarados estos puntos y pedirles disculpas con antelación por haber caído en el cliché de los escritores de hoy en día, de escribir una historia sobre personajes secundarios, aunque en este particular caso no esté relacionado con asuntos de marketing, dejo de distraerlos con tantas palabras para presentarles a *Andre y Kira, la historia de un beso*.

Una hora antes

La casa de Paty, una de las animadoras de la secundaria Eyre, es donde usualmente se realizan las reuniones y fiestas del último año. Generalmente empiezan a las dos de la tarde y terminan al amanecer. Aunque no suele bailar, Andre es uno de los usuales participantes de estas fiestas. Antes de las diez de la noche, su amigo Luciano le recuerda posiblemente la única obligación que tiene en la vida: buscar a su prima Lulú en la heladría Seri, donde trabaja.

—Vamos, te acompaño —le dice.

—Pero volvemos... —Andre no le pregunta, solo quiere asegurarse de que regresará a la fiesta donde la está pasando tan bien, justo va ganando una partida de truco^[1].

—Seguro.

Andre toma las llaves del Palio de su mamá con una mano y una cerveza con la otra.

—Bro —Luciano levanta el juego de llaves de su Jeep—, yo conduzco.

Los labios de un ángel

¡Agh...! Ese chico otra vez.

Kira hace un brevísimo contacto visual con Andre, ese chico que asiste a la misma secundaria que ella, que es amigo de su hermano, que se empeña en molestarla con tonterías en sus ratos libres, que suelen ser demasiados, y que ahora mismo está en su cocina.

Impresionado, Andre retrocede tres pasos cuando detecta la presencia de la chica que le gusta y se acorrala contra la encimera. No se le pasa por alto el desprecio con que ella le ha mirado, como si se tratase de una alimaña a la que hay que aplastar. Andre y Luciano han estado haciendo tiempo, comiendo un emparedado, mientras esperan por Lulú, que ha venido a cambiarse el uniforme de la heladería, antes de presentarse todos en la fiesta de Paty.

—¿Qué pasa, hermanito...? Pareces nervioso.

Por lo visto, Kira también ha notado el interés de Luciano en su prima. Andre está convencido de que su ofrecimiento de esta noche, además de evitar que condujese bajo la influencia del alcohol, su Bro suele preocuparse en exceso por los demás, ha sido por un interés adicional: le gusta Lulú. Pero este detalle de coincidir en pensamientos con ella no es lo que en esencia ha llamado la atención de Andre sino sus propios atributos, como esas piernas interminables que tiene, apenas cubiertas por un pequeño trozo de tela al que descaradamente llaman “shorts”; el abdomen descubierto, que exhibe un delicado piercing; y la redondez de sus pechos, que también están medio cubiertos por un top que deja poco a la imaginación.

—Kira... —a Andre se le escapa su nombre, pero antes de que pueda resolver esta dificultad ha avanzado más de los tres pasos que retrocedió cuando la miró hace un momento, le toma la mano y se la besa.

—Andre, por Dios... —la chica le pone los ojos en blanco y se desprende de su mano limpiándose de los shorts como si la hubiese tocado un leproso—. ¿Y bien? —Por más que Kira prefiere enfocarse en la situación de su hermano con su amiga, no puede dejar de pensar en el calor que Andre le ha dejado reflejado en la piel.

—¿Y bien qué?

—¿No vas a decirle algo a Lucía?

—Sí, que iba a demorar diez minutos —replica su hermano.

Mientras su prima y su amigo debaten la relación tiempo-comfort, Andre solo tiene oídos y ojos para Kira, se siente medio hipnotizado por ella, detallando cómo se le han soltado del moño unos rebeldes rulos, o cómo se le enrojecen las mejillas cuando sonríe con esa picardía de quien se trae algo entre manos.

—Pues a mí me parece que estás hecha una chulada, primita. ¿Fuiste tú quién la arregló, Kira?

Kira le da una de sus miradas fulminantes, ¿es que no puede ignorarla? Cómo le gustaría que se olvidara de su existencia.

—Ella fue capaz de arreglarse sola —dice sin hacer contacto visual con el chico—. Pero si quieren que les cuente una anécdota —comenta alternando la mirada entre sus uñas irregulares y la cara de su hermano—, tuvo algunos contratiempos con faldas que se le ceñían tanto al trasero que luego no podía quitárselas.

En la secundaria Eyre existe el rumor de que a Kira Seri no le gustan los chicos. Las evidencias que se tienen para demostrar tal hipótesis son unas muy controversiales como que es muy poco femenina, antes de ponerse vestidos y tacones, Kira prefiere leggings y Converse, tampoco usa maquillaje y antepone el deporte a una salida de chicas por el mall para hablar de chicos.

Al sentirse incómoda alrededor de sus compañeros de clases, Kira ha optado por mantener la distancia e ignorarlos se ha vuelto su rutina, pero cuando, por obligación, tiene que dirigirse a ellos, lo hace de una forma tan hostil que raya en la mala educación y la grosería.

Si lo sabrá Andre.

Sin embargo, en el resumen de pruebas sobre la sexualidad de la joven, éstas no son las que prevalecen, la ausencia de un novio, o de la aspiración de tener uno, parece ser la que determina su situación. A Andre, no obstante, este tema nunca le ha importado, jamás ha dado crédito a tales confusiones, para él, Kira Seri es la chica más segura, lista y linda del mundo. Y la única en sus sueños.

—Kira, deja de adornar esta historia con cosas que no sucedieron —le amonesta su amiga—. Toda tu ropa es demasiado pequeña para mí, como lo aseguré antes de venir...

Al seguir la dirección de la mirada de Lucía, que se pasea entre los dos chicos, Kira descansa la suya en Andre, que también parece estar siguiendo el lío entre su prima y su hermano; sin embargo, se ve obligada a ponerle los ojos en blanco cuando sus miradas se encuentran, lo menos que quiere es darle

la impresión equivocada.

—Si me hubieran permitido subir al apartamento, como se lo solicité a ambos, ya estaríamos en esa estúpida fiesta...

Aunque es un honor para ella que alguien dé uso a la ropa que está siendo alimento para las polillas dentro de su armario, Kira todavía no se explica cómo su amiga se dejó arrastrar por esos dos tarados en la emboscada que le tendieron; ella no lo habría permitido, más que nada por no complacerlos. Pero si contara la verdad diría que nada le ha parecido más raro esta noche que ver a su amiga tocando la puerta de su habitación, con su hermano adjunto; por un momento pensó que estaban allí para comunicarle que estaban saliendo. Cómo, cuándo y dónde había sucedido tal desastre, fueron las preguntas que la asaltaron brevemente, pues Lucía nunca le ha dado la impresión de que estuviese interesada en Luciano (como lo está el noventa y nueve por ciento de las chicas de la Eyre; en cuyo uno por ciento restante se encuentran ellas dos, ella misma por obvias razones); pero cuando su amiga le explicó que ni su hermano ni ese chico con el que no quería cruzar más miradas no le habían permitido bajar en su apartamento para cambiarse de ropa y que la manipularon, básicamente como si se tratase de un rapto, comprendió la locura.

—Como sea —dice su hermano—. ¿Estás lista ahora?

Mientras su amiga y su hermano siguen discutiendo sobre el tiempo que ésta ha demorado en alistarse, la mirada de Kira se ve nuevamente atraída por la de Andre, que ha estado mirándole el cuerpo, ella se ha dado cuenta. Él desvía la suya, sonriendo cínicamente.

—Mañana tendrás tu ropa de regreso, limpia y planchada —Lucía se acerca a ella para despedirse.

—No te apures —le sonrío, más que a una amiga, en Lucía ve a una hermana—. Disfruta la fiesta. Y no le pongas atención al tarado de mi hermano, lo conozco, no sabe actuar alrededor de una chica que le gusta.

—No te hagas la lista, Kira.

Lejos de sentirse acorralada, la amenaza de su hermano solo puede divertirla, pero su humor cambia cuando su mirada se encuentra nuevamente con la de ese otro chico, que se niega a dejar su cocina.

—Tú, ¿qué esperas para salir? —Le reclama, los demás ya han salido de la casa.

—Quería pedirte disculpas.

La chica frunce el entrecejo, no entiende por qué querría pedirle disculpas,

pero luego le parece lógico.

—Pues sí que me las debes, has estado descaradamente mirándome el cuerpo.

El chico hace un esfuerzo por mantener la mirada en los ojos de la muchacha y no pasearla por ese cuerpo de infarto al que se ha hecho alusión.

—En realidad he querido disculparme por presentarme en tu casa sin que tuvieras conocimiento.

Kira le sostiene la mirada, altiva, intensa, no se deja intimidar por nada, ni siquiera por una persona que, a pesar de sus niñerías, se mantiene educada.

—Yo también he visto que has estado mirándome —el chico no se deja intimidar por el lado huraño de la muchacha y se anima a ser directo, han de ser todas esas cervezas que ha tomado durante la tarde.

—¿Yo, mirándote? Eso es imposible, nunca te miro.

—Diría que sí.

Avanza hacia ella como un lobo reclamando su presa.

—¿Qué haces? No te acerques.

Él mira a un lado y sonríe.

—La verdad es que quería verte.

—¿Ah, sí? —se cruza de brazos, esquivándole la mirada—. Bueno, ya me viste. Ahora te puedes marchar.

—Claro, pero pensaba si... —ella le mira nuevamente, Andre nota que no tiene esa mirada felina de hace un instante.

—¿Qué?

Él aprovecha su curiosidad para avanzar un nuevo paso hacia ella, en este momento su guardia está tan baja que se siente como un león delante de un cordero.

Dios que es hermosa.

—Bueno, ya sabes —balbucea, los nervios han retomado su cuerpo—, no sería justo que todos saliéramos y tú...

—Ahórrate el discurso, ardilla.

Con la intención de ridiculizarlo, ardilla es un calificativo que Kira ha empleado con él desde que por primera vez le vio disfrazado como la mascota de la secundaria Eyre. En aquellos tiempos conseguía enfermarlo, ella disfrutaba demasiado el chistecito, hasta que Andre decidió que tenía que dejar de importarle y ella empezó a reducir el uso del término. Ahora lo hace solo por sentirse dominante respecto a él.

—No voy a ir, me disgustan las fiestas —le zanja tajante. Desde hace

tiempo que a Andre dejó de importarle su hostilidad, aunque no niega que algunas veces consigue afectarlo. Pero no hoy, y menos cuando detecta que la chica acorta la distancia entre ambos, levanta una mano y se pone a jugar con el cuello de su camisa.

Confundido, Andre mira el punto en el que están los dedos de ella sin comprender nada, lo siguiente que es capaz de detectar, y no sabe qué porcentaje está relacionado con el alcohol ingerido hoy pues casi cree que lo que está sucediendo es una alucinación, es que Kira Seri está inclinándose de puntillas hacia él —si bien ella sobrepasa por pocos centímetros el metro setenta, él ha de medir casi dos metros—, acerca su delicada nariz a su boca y le dice:

—Hueles a alcohol.

Andre lamenta que sean justo estas las palabras de la muchacha, pero es cierto, ha estado bebiendo y mucho, razón por la que, cuando se presentó en la casa de los Seri, no quería bajar del Jeep de Luciano, pero su prima tardó tanto en arreglarse que su amigo terminó invitándole la cena.

—Tú hueles a menta —prefiere hacerle un cumplido y no defenderse.

Ella le mira raro, con cierta expresión que él no quisiera pensar que es de odio; no obstante, a pesar de que a ella le disgusta su olor, se debate entre tocar esos labios color durazno que ha querido hacer suyos desde hace más de un año, cuando la conoció, y mantenerse distante, sin forzar algo que ella —él está seguro—, no quiere que suceda.

Sin embargo sucede, se da cuenta de que sus labios están presionando los de Kira y que se mueven al mismo ritmo, la sensación es extraña porque le parece que, aunque definitivamente lo ha forzado, ella no habría consentido nunca un beso suyo, está respondiendo.

Incrédulo y nervioso ante lo que está pasando, Andre trata de concentrarse y vivir el momento, pero su mente está tan agobiada y llena de ideas que fácilmente se dispersa. No obstante consigue colocar sus manos en espacios del cuerpo de Kira que ni en sueños, ¿o es que ahora mismo está soñando? En este punto se siente como Dumbo mirando el desfile de elefantes color rosa, comprendiendo muy poco de lo que está pasando. Trata de enfocarse nuevamente y es consciente de que sus manos ascienden y descienden por la espalda casi desnuda de la chica y que las de ella están en su cuello, sus dedos enredados en sus cabellos. No hay lógica en lo que está pasando, solo sabe que debe hacer lo correcto después de haberla cagado obligando este beso. No quiere pero tiene que terminarlo antes de que la chica proceda en uno de sus

modos inadecuados con los que suele actuar con él, la toma de los hombros y la separa a la medida de sus brazos. Desde esta distancia puede ver que tiene los labios inflamados y las mejillas encendidas, y que se ve todavía más preciosa de lo que regularmente es. Andre Retrocede lentamente, no cree prudente pedir disculpas ahora, prefiere dejarla con la guardia baja y no darle ventaja en aquel viejo truco de una rodilla de ella en su entrepierna. En dos pasos está dándose la vuelta y saliendo de su cocina.

Tú y yo *jamás* nos hemos besado

Andre ha pasado la noche soñando con labios carnosos, pechos redondos, cinturas pequeñas, piernas largas y besos con sabor a menta. Casi por el mediodía su prima le confirma lo que ha temido: anoche, cuando estaba ebrio, besó a la chica de sus sueños.

—¿Por qué no lo impediste, Lulú?

¿Qué era lo que había hecho? ¿Cómo pudo hacer algo así con alguien que desde que le conoció le había rechazado?

—No estoy bromeando.

—¿Cómo iba a saber que ibas a besarla?

—¿Cómo intuiste que no iba a hacerlo?! —Y por la fuerza, está seguro—. Es la peor noticia que me has dado alguna vez.

Andre ha recreado en su mente el primer beso con Kira Seri cientos de veces, la mayoría los ha imaginado en la bahía, en una noche de fogatas privada, bajo la luz de la luna llena; otras detrás de las gradas del gimnasio, luego de celebrar alguna de sus victorias con las Panteras, el equipo de volley femenino de la Eyre del que ella es capitana; y una más que otra en una calle de ciudad Verano, pero ninguna en su cocina y menos sin que pudiera recordar nada de ese beso la mañana siguiente.

—¿Ah, sí?! Pues la mía es que anoche aparecieras en la heladería, *en estado de embriaguez*, con Luciano Seri como conductor designado.

La frase “estado de embriaguez” le trae un flash del momento de anoche en la cocina de Kira: “Hueles a alcohol”, le dijo ella; lo que no tiene claro Andre es cuándo se lo ha dicho, antes o después del beso. Dios, tiene que disculparse con ella.

Andre no lleva tanto tiempo abusando de la bebida, pero desde que terminó el penúltimo año, él y su grupo no hacen más que juntarse para beber hasta que no saben nada de sí mismos, con la excepción de que todas las veces anteriores no ha sucedido nada digno de recordar como en esta oportunidad, que siente que su mente está en blanco y la resaca lo está matando.

—No creo poder llevarte al trabajo, Lulú —le comunica después de escuchar una serie de reproches que su prima le ha tenido reservados por haberse presentado con Luciano a buscarla en una heladería que, por cierto, le pertenece a la familia de su amigo. Si ayer le pareció que a Luciano le

interesaba su prima, ahora ha empezado a sospechar que a su prima también le gusta su amigo—. Me siento muy mal —se excusa. De todas las veces que ha bebido en una fiesta o reunión ésta ha sido la que peor le ha puesto. Lamenta mucho no poder cumplir con su prima.

—No es para menos. No te preocupes, tía Gisselle dijo que puedo llevarme el coche.

—Me extraña que no esté aquí dándome el gran sermón del domingo. ¿Dónde anda, Miss G.?

Mientras le da un mordisco a la rebanada de pan que su prima amablemente ha colocado para él en la tostadora, ésta le informa que su tía se ha ido al supermercado.

—Mejor toma café —le ofrece ella al notar que el bocado le ha provocado una arcada.

—¿Cómo te fue anoche con el interrogatorio? —Pregunta él, sorbiendo del café.

—Anoche y esta mañana —le aclara ella—. Me fue normal. Al que no le irá bien será a ti.

—No será la primera ni la última vez que volveré a casa pasado de tragos —prefiere mantener su posición de muchacho independiente.

—Y eso te pone orgulloso.

—No empieces Lulú.

No quiere parecer un bravucón pero le cabrea que le cuestionen todo lo que hace. Seguirá bebiendo porque él lo decide así.

—Sabes que puedes llamarla mamá.

—Claro, si me trata como a un niño.

—Te comportas como tal...

—Mejor me largo a la habitación. Estás en plan de mamá Lulú y no me gustas así.

Andre quiere a Lulú más que a la hermana biológica que nunca tuvo, es una chica especial, que se preocupa mucho por él y que suele tener la razón en muchas cosas, pero si hay algo que no tolera de ella es cuando deja de ser la prima divertida e ingeniosa para convertirse en su conciencia.

—Además, no quiero estar consciente cuando Miss G. esté de regreso.

Y así lo hace, se levanta de la mesa en la que ha intentado desayunar aunque sea casi mediodía y vuelve a su cama, enfadado por la confirmación de los hechos que ha temido. ¿Cómo actuará delante de Kira la próxima vez cuando no recuerda nada?

Se toma una aspirina para el dolor de cabeza y se queda dormido dándole vueltas al tema del beso, tratando de recordar algo, pero no consigue sino unos breves flashes que no sabe determinar si son reales o fantasías de su imaginación.

*

—A ver, Andresito...

Le cabrea, y se lo ha dicho antes, que su madre viole su privacidad cada vez que le parece, pasando a su cuarto sin tocar la puerta. Miss G. no lo trata como a un chico de dieciocho sino como a uno de nueve.

—Se toca la puerta antes de entrar —le reprocha, pero su madre ni siquiera se detiene para analizar su reclamo. Él opta por ser más crudo—: ¿Qué si hubiera estado masturbándome aquí?

—Mira nada más, Andrés —ella no se ríe ni un poco—. Eso es lo que me falta contigo, encontrarte tocándote —coloca el plato de sopa sobre la cómoda y recoge alguna ropa que él ha dejado en cualquier lugar de la habitación.

—Déjalo, yo lo recojo —le dice desde su cama, incómodo de que Miss G. esté levantando su desorden.

—Si hubieras tenido intención de recogerlo —coloca lo que encuentra en el cesto de la ropa sucia—, no estaría en el suelo. Desde hace tres días que te vi usar esta camiseta, Andrés.

—Si preferías Andrés en lugar de Andre, ¿por qué suprimiste la “s” del registro de nacimiento?

Su madre lo mira de reojo, no de buena manera, y retoma la bandeja con la sopa, que siempre está dispuesta a hacerle para curarle la resaca. ¿Quién comprende a las madres?

—Pero no es precisamente en dónde colocas tus manos, lo que me preocupa, mijito —retoma el tema inicial; no que Andre hubiera pensado que fuese a dejarlo libre de la conversación. Miss G. coloca la bandeja delante de él—, sino lo que bebes. ¿Cuánto más debo soportar que regreses a casa ebrio?

—Miss G., por favor...

—Miss G., Miss G... ¡Soy tu madre! —Exclama casi llorando—. Estoy cansada de esto, Andrés. Cansada. Sales de fiesta todos los fines de semana, no hay uno en el que no consumas alcohol o no vuelvas a casa hecho un completo desastre. Anoche has venido inconsciente y han tenido que ayudarte a subir al apartamento, ¿lo sabías?

No, no lo recuerda. Nada. Mente en blanco.

—¡Quiérete un poco, por favor!

Andre ha escuchado este repertorio tantas veces que conoce de memoria cada frase, pero, aunque odia reconocerlo, es posible que su madre tenga algo de razón, todas esas veces se ha sentido igual: enfermo y contrariado, y hoy no es diferente, tiene el estómago revuelto, siente que la cabeza le va a estallar y una combinación de felicidad y nostalgia le perturba. Sin embargo no va a reconocerlo.

—A ver, incorpórate.

Sin darle tregua para que rechace su mandato, Miss G. toma la cuchara y, por la fuerza, le introduce un bocado de sopa.

—¿Qué haces? —Exclama, casi ahogándose.

—Dándote de comer.

—Puedo hacerlo solo.

—Solo, solo —devuelve la cuchara al plato—. Mira cómo estás pálido, Andresito —le toca la frente.

Andre es consciente de que su madre tiene que sentirse indefensa, sin parientes a los que recurrir y sin una figura paterna en la que confiar la crianza de su hijo, su padre biológico se había desentendido del problema apenas tuvo conocimiento del caso, hace poco más de dieciocho años, y sabía también que en un día como éste, en el que quería aplicarle alguna sanción por volver a su casa borracho, Miss G. echaba en falta —así como él, aunque por razones distintas a las de su madre—, a su hermano, el padre de Lulú, que siempre la apoyó en su educación, y que significaba para Andre el respeto que se le debía tener a un padre y la autoridad masculina con la que todo chico necesita crecer. Pero su madre sola era un caso perdido, lo desestimaba y lo seguía tratando como a un niño pequeño.

Miss G. le mira durante unos segundos hasta que, decepcionada, se da la vuelta y sale de la habitación.

*

Desde la noche anterior, Kira no ha dejado de pensar en el beso, pero cada vez que evoca el recuerdo la dominan las emociones, se pone rara, se siente febril y en su estómago se produce un movimiento que desconoce y que teme sea la consecuencia de haber tocado los labios de un irresponsable, ella juraría que si pudiera quedar embarazada a través de un beso, entonces anoche ha quedado encinta de un bebé de Andre. Necesita su salud intacta para el juego de volley que tiene la próxima semana y él día de la exhibición en dos. Odia la idea de haber consentido ese beso, por más vueltas que le da al momento no se explica tal debilidad de su parte, especialmente porque ella se

caracteriza por su fortaleza y determinación. La combinación de todos esos sentimientos la ponen furiosa, no le queda más que encomendarse a Dios para que le dé el olvido necesario y echar bajo tierra ese incómodo momento de su vida.

—¿Estás lista, preciosa?

Teo es su hermano favorito, siempre la ha consentido y tratado como si fuese una princesa aunque se sienta como el patito feo de la familia, de toda ciudad Verano y el país. Ella le sonrío y asiente después de ponerse un poco de *gloss* en los labios, luego se mira en el espejo y se da cuenta de que no tiene sentido intentar ser lo que no es. Toma un pañuelo de papel de la cómoda y se limpia la cara.

Hoy como todos los domingos acompaña a su hermano mayor a la heladería de sus padres, le gusta estudiar con él el estado financiero del negocio familiar, eso de las cuentas se le da bastante bien, además de hacerle ilusión encontrarse con su amiga y saber cómo le fue ayer (está segura que perfecto pues se veía despampanante), siempre es agradable conversar con Lucía.

—¡Kira, qué bueno verte! —Lucía sale del mostrador para devolverle el saludo.

—Veo que mi hermano te dio lo que te envié.

Antes de salir de casa, Kira le entregó a su hermano Luciano, que desde hace algunos meses se impuso trabajar en la heladería familiar, el uniforme que su amiga tuvo que dejar anoche en su casa cuando fue a cambiarse, y le solicitó que la trajera al trabajo con la intención adicional de que el mismo Luciano la regresara al apartamento donde vive, y ella, Kira, no tuviera que encontrarse con Andre, que suele pasar por su prima cada noche. Pero cuando su hermano le comunica que Lucía se presentó en la heladería con alguien más, se exalta a morir.

—¿Andre te trajo? —Lo que menos quiere esta noche es encontrarse con ese chico.

—No —Kira se da un respiro—, pero hablando de Andre, Kira...

Lucía la hace andar a su lado hacia un espacio más privado.

—Él está muy preocupado por lo que sucedió anoche entre ustedes.

Genial, su amiga no suele divulgar información que no le pertenece, pero espera que la mascota del colegio no empiece a contar la historia de ese beso en la Eyre y cómo ha conseguido que la indomable Kira Seri se doblegase.

—Anoche no sucedió nada entre nosotros —replica tajante.

Lo que quiere es olvidar ese beso no que se lo estén recordando cada

minuto. En este momento Kira está segura de que Andre le transmitió la mononucleosis o algo similar, es imposible que se sienta así de frágil cada vez que otra persona, en la mañana fue Luciano, o ella misma, pone el recuerdo en su mente.

—Entre Andre y yo jamás ha existido un beso.

Anoche mismo se prometió negar ese beso para siempre, pero su amiga, que no es tan fácil de convencer, y ella forcejean un poco más el tema hasta que prefieren dejarlo y cada una continuar con sus actividades de la noche.

Alrededor de una hora más tarde, tras ayudar a su hermano mayor a organizar las últimas facturas, los ingresos son considerables, pero cada vez hay más deudas, su padre ha malbaratado una buena parte de las ganancias de la heladería más popular de ciudad Verano, unas últimas amistades le han hecho perder importantes sumas de dinero en juegos del azar, Kira se dispone a tomar un descanso, después de todo ha conseguido concentrarse en el trabajo y no en el beso de anoche que le ha rondado la cabeza durante todo el día. Su hermano segundo, que no desperdicia oportunidad en fastidiarla, se le une cuando ella sale a la terraza para tomar un poco de aire fresco y despejar la mente.

—Lucía..., ¿qué haces todavía aquí? —por la hora, ha pensado que su amiga ya se había marchado.

—Estoy esperando a Andre...

¿A Andre...? ¡No! No le quiere aquí. No debe venir.

—Deberías llevarla, Luciano —ofrece Kira con tal de que el primo de su amiga no se presente por la heladería.

Los dos, Lucía y su hermano, difieren entre sí, pero al final ella termina aceptando la ayuda de Luciano. Kira se siente aliviada de evadir ese encuentro, pero unos segundos después, el chirrido en los frenos de un coche que se detiene delante de ella la alerta, nota que los latidos de su corazón andan a un ritmo poco sincronizado que le devuelven ese malestar en el estómago, sobre todo cuando ve aparecer de un Fiat Palio azul al dueño de sus pesadillas.

—Has llegado tarde, tu prima se ha ido —le informa antes de que siga avanzando, lo quiere apartado de ella. Lejos.

—¿Ah, sí? —Nervioso, Andre se pasa la mano por los rulos y respira profundo antes de decir—: Mejor porque quiero hablar contigo.

Por la tarde, Andre ha creído que su prima se llevaría el coche al trabajo, como se lo había informado, pero que su antiguo novio fuese por Lulú para

dejarla en la heladería y no pasar por ella a la salida, ha sido un plan excepcional, el pretexto perfecto para acercarse a ver a Kira.

—Tú y yo no tenemos de qué hablar —Kira le pone los ojos en blanco y se cruza de brazos.

—¿Estás segura?

El teléfono de Andre resuena desde el bolsillo de sus pantalones, ella frunce el entrecejo. ¿Por qué no lo contesta?

—Creo que anoche te besé —le dice.

—Eso habrías querido.

Ahora es él quien frunce el entrecejo.

—Eso he hecho.

—Claro que no.

Andre extrae el teléfono del bolsillo del pantalón, que ha seguido sonando, mira quién está llamándole, su prima, *ahora no, Lulú*, pone *End* a la llamada y se lo guarda nuevamente. Kira se pregunta por qué no ha contestado, pero no expresa sus inquietudes, ella no sabrá nada de telenovelas ni películas románticas, pero sabe que éstas son artimañas de los hombres cuando no quieren ser capturados en conversaciones comprometedoras con otras mujeres. Su padre se lo hace a su madre durante la cena cada noche.

—Explícate.

Furiosa se acerca a él preguntándose cómo es que lleva más de un año persiguiéndola cuando está tratando de conseguir a alguien más.

—Tú y yo *jamás* nos hemos besado.

—Bueno —baja la mirada y sonríe un poco—, estoy bastante seguro de que anoche tus labios se encontraron con los míos.

—¡Yack! No repitas eso, por favor. Creo que vomitaré.

—Tan mal no ha estado.

—Ni siquiera ha sucedido.

—Sé que sucedió, Lulú me lo confirmó, por eso quería ofrecerte disculpas porque estoy seguro de que forcé ese beso.

Kira suelta una carcaja.

—Me divierte lo osado que eres al pensar que te habría permitido besarme.

—Te besé, los recuerdos son difusos pero los tengo.

—Estabas borracho, todo es producto de tu imaginación. No sucedió, créeme, jamás lo habría permitido.

Las palabras de Kira reflejan tal seguridad que Andre se siente más confundido. Necesita que ella le disculpe, pero también que le confirme el

episodio más importante de su vida.

—Aunque te forcé, sé que te besé y te gustó. Algo me dice que así fue. Lo sé.

—¡Puaj! —Kira ilustra el comentario llevándose un dedo a la boca, como si se estuviese induciendo el vómito.

La reacción de Kira enfada tanto a Andre, que hace algo que normalmente no haría, él no es del tipo de muchacho que toma a la chica que le gusta por la fuerza para hacerla entrar en razón; sin embargo, con delicadeza, la acerca hasta ponerla exactamente frente a él, a escasos centímetros de distancia.

—Bueno, como yo sí estoy seguro de que pasó —argumenta aunque le sea difícil recordar algo— y tú no, hay una sola forma de saberlo.

—¿Qué haces...? —Andre puede ver que la chica ha bajado completamente la guardia y que en este momento es como un pajarito indefenso en las manos de su cazador.

—Voy a besarte —le dice con firmeza.

—No lo harás —balbucea, totalmente nerviosa, desprotegida, su corazón palpitante e indomable ha cedido, sin embargo es demasiado soberbia como para perder; como último recurso suelta lo siguiente—: No puedes tocarme.

Al escuchar esto el chico detiene el camino que ha recorrido hacia los labios de Kira y lentamente la deja libre.

—¿Tan poca cosa soy para ti?

El reflejo de desolación en la voz y la mirada de Andre la perturba, de todas las veces que le ha insultado con la intención de herirlo, Kira se ha dado cuenta de que ésta es la primera vez que quien ha salido herida es ella.

—¿Todo bien, hermanita?

La voz de su hermano rompe un poco la tensión entre los dos. Andre la mira un segundo más antes de volverse hacia su auto.

—Sí, todo bien.

¿Celosa?

Al dejar a Kira, Andre se ha detenido en una licorería cercana y ha comprado un *six-pack* de su cerveza favorita, luego ha regresado a la bahía, puesto algo de rock, que es lo que le gusta escuchar, y se ha acomodado en la maleta del coche, encendido un cigarrillo y abierto una de las cervezas. Allí, bajo una de las noches estrelladas propias de ciudad Verano y el vaivén de las olas como escenario, se ha reído de toda su situación. Qué imbécil ha sido al pensar que una chica como Kira Seri habría permitido que él la besara.

—¡Andre!

La voz de una chica interrumpe sus pensamientos, mira su cerveza con curiosidad, apenas ha tomado media, no puede ser que ya esté teniendo alucinaciones.

—¡Andre! —enfoca un poco la vista hasta que detecta, a una distancia promedio, una figura femenina que proviene, si no se equivoca, de un grupo reunido a algunos metros de donde él ha estacionado el Palio; se trata de Luisa Bernard, una de las chicas de la secundaria Eyre, que juega en la selección de volleyball, con Kira precisamente. El chico le sonríe, haciéndole un gesto con la botella mientras observa que se aproxima descalza, ligera, en algo parecido a una danza. Luce muy bonita, con un vestido estampado en flores y un suéter de punto que la protege del clima de ciudad Verano, que es una mezcla entre una noche estival y una otoñal. Luisa le besa básicamente en las comisuras de los labios antes de sentarse junto a él en la maleta abierta del Palio.

De la nevera portátil, Andre extrae otra cerveza para ofrecérsela cuando ella le quita de las manos la suya y de ahí toma un trago.

—Beberé de la tuya —agrega.

—Perfecto —de soslayo Andre la mira y le sonríe, sabe que Luisa es una chica muy linda, tiene un pelo largo lacio y oscuro muy bonito, unos cálidos ojos café y una piel oliva bien cuidada, además es dulce y amistosa, pero no es la chica que le gusta.

—Cuando te he visto llegar he tratado de llamarte, pero no me has visto.

Andre dirige nuevamente la mirada al grupo del que ha provenido Luisa.

—Dime algo, ¿es noche de fogatas?

Luisa se ríe.

—No, es domingo.

Cierto, las noches de fogatas suceden los días de semana escolar.

—Solo estamos nosotros y un pequeño grupo por allá —él se toma lo que queda de cerveza, la coloca con el grupo de botellas vacías que guarda en la maleta y de su nevera portátil saca otra. Le ofrece el primer trago a Luisa—. ¿Y qué haces por acá tan solo? ¿Dónde están tus amigos?

—Mis amigos están todos en sus asuntos, yo era el que necesitaba un poco de aire y vine a dar aquí.

Luisa le devuelve la botella y con sus finos dedos le acaricia esos rulos indomables que tiene.

—¿Por qué no vienes con nosotros?

—Creo que no soy buena compañía esta noche, chica bonita.

—¿Y eso por qué?

—Nada en particular, solo que este ermitaño necesita de su soledad.

Luisa le mira y asiente, no muy contenta de lo que se le ha dicho.

—Sí, bueno..., yo mejor me devuelvo con mi grupo, han de estar extrañándose —Andre nota, a través de una sombra de vergüenza en ella, que la chica ha interpretado mal sus palabras. La retiene por el brazo.

—No dudo que te extrañen, pero el comentario anterior no iba dirigido a ti.

Aclarado el momento, la chica se acomoda nuevamente a su lado. Andre la mira de soslayo y también le sonríe. Lo próximo que sabe es que Luisa está jugando con el cuello de su camisa como otra persona una noche antes—. Y así es como comienza todo —se toma la mitad del contenido de su segunda cerveza.

—¿Qué cosa? —La voz de Luisa suena ronca.

—Primero coquetean y luego niegan lo que ha sucedido.

—¿Lo que ha sucedido? —Aunque administra una expresión de desconcierto, la chica continúa jugando con su camisa, extendiendo algunas caricias en el cuello y brazos de Andre—. ¿Crees que estoy coqueteando?

—No me refería a ti necesariamente.

—Porque sí estoy coqueteando, Andre —le deja claro, apartándose de su lado para ponerse delante a él, le quita la cerveza de la mano para colocarla sobre la tela que cubre la maleta del coche, se abre espacio entre sus piernas, le rodea el cuello con las manos y lo próximo que Andre sabe es que Luisa Bernard le ha dicho que le gusta y está besándolo.

Esto es real —piensa sintiendo el movimiento de los labios de la chica sobre los de él—. *Esto es real. Todavía no estás ebrio y ésta no es Kira.*

—Lo siento, Luisa —gentilmente se separa de ella—, lo siento. No debí

hacer eso.

A la chica le importa poco su disculpa y se aproxima a él para besarlo nuevamente con más fuerza. Andre se deja llevar por un momento pero es demasiado consciente de que éste no es el sabor a durazno de los labios de Kira.

—Eres una chica muy linda... —aparta las manos de Luisa de su cuello para poner distancia entre ambos.

—Y también te gusto.

—No me disgustas, pero...

—Kira Seri, lo sé.

Andre le esquiva la mirada, alcanza su botella y se la termina.

—No, no lo sabes —la besa en la frente—. Esta noche no soy buena compañía, Luisa, y no tengo conductor designado, mejor lo corto cuando solo he tomado dos cervezas.

—Yo podría conducir...

—Tú también has estado tomando. Vamos, te acompaño de regreso con tus amigos. Yo me voy a casa.

—No hace falta —le sonrío—, mis amigos no están tan lejos y vine sola hasta aquí.

—Muy cierto, pero aun así...

Ella coloca una mano sobre su pecho para detenerlo y le sonrío antes de decirle:

—Esa chica no vale la pena.

*

—¿Qué sucede? —Kira le pregunta a su amiga al ver que ésta lanza su teléfono dentro de la mochila, las dos están en el vestuario cambiándose para presentarse en las prácticas de volley que comparten, ha sido un lunes de esos, con muchas evaluaciones y, para ella, el añadido de tener que esquivar a Andre.

—Nada.

Kira comprende que el muro que ha construido desde anoche para evitar el tema “Andre” con su amiga colabora con la hostilidad que tal vez ésta está empleando con ella; de por sí, Kira no es abierta con su vida personal, pero si tuviera que hacerlo, Lucía sería la persona que escogería para conversar, sin embargo, prefiere mantenerse cerrada y este particular tópico bajo llave, en un cofre bien oculto, una caja fuerte cuya combinación se le ha olvidado. Con Lucía no sabría si podría seguir mintiendo acerca del beso inexistente.

—¿Nada y la pagas así con tu teléfono? —Kira prefiere mantener la curiosidad en lo que le pasa a Lucía, esperando que su hermano Luciano no tenga que ver con su estado de ánimo—. Te recuerdo que es tan frágil como una quinceañera enamorada —aunque se trate de una hipocresía de su parte, pues ella misma se siente como una de esas tontas niñas, su intención es disminuir la tensión entre ambas.

—Lo sé —su amiga sonrío débilmente. Tal vez por esto se lleven bien, porque son muy parecidas, puede que se les esté viniendo el mundo encima pero son incapaces de compartir lo que les sucede. La mira un poco más, cuando se refiere a la relación de su amiga con Luciano tiene sentimientos encontrados, nada le gustaría más que su hermano se fijase en una chica como Lucía, pero si no va a tomarla en serio, prefiere que se mantenga alejado.

—¿Te importa si me adelanto a la cancha?

—En absoluto, Key, todavía tengo que terminar de arreglarme.

Sintiéndose todavía rara por todo lo que le ha sucedido el fin de semana, Kira se aleja cabizbaja al gimnasio. Pero por más que trate de enfocarse en la práctica de hoy, que aunque no es con el equipo oficial de la secundaria, tiene el mismo significado, pues no se toma ningún juego a la ligera, ella es una profesional del volley, es inevitable que pierda el control de sí cuando Luisa Bernard, su compañera de equipo y archirrival, ha estado descontroladamente llamando la atención de Andre (que también está en las prácticas de este horario), fingiendo quebraduras de uñas, falsas caídas y torceduras de tobillo.

—¿Has venido a jugar o a coquetear? —La reta. Luisa, que en este momento está en el suelo, ha caído sentada después de un remate, la mira con curiosidad, como si lo que le estuviese hablando no fuese una persona sino un objeto inanimado, luego mira al chico alto que tiene delante, que está ofreciéndole la mano para ayudarla a incorporarse, le sonrío e ignora completamente a la capitana del equipo de volley de la secundaria Eyre.

Una vez que ayuda a levantarse a su compañera de equipo, el chico se acerca a la capitana y, colocándole la mano en la cintura, desafiando la orden de “No tocar” que le pusieron anoche, le dice:

—Tú no estés celosa.

¿Celosa?

A Kira la sorpresa la hace mirarlo furiosa. Ella no está celosa. ¿Cómo se le ocurre tal tontería, que, además, le deja sin respuesta?

—Ah, perdón —retira la mano de la pequeña cintura de la capitana como si hubiese tocado brasas y abraza a Luisa, que le sonrío a Andre como si este

fuese un semidiós. Todavía furiosa, Kira empuña las manos a los lados y se vuelve para regresar a su posición de juego.

—¿Estás bien? —Le pregunta su amiga.

—¡Odio a tu primo!

Lucía la mira confundida y termina encogiéndose de hombros. Kira solo espera que se termine la jornada escolar.

Jodidamente preciosa

Anualmente la secundaria Eyre realiza una exhibición en la que demuestra públicamente el talento deportivo de sus estudiantes. A esta exhibición asisten empresarios, cazatalentos y la prensa estatal e incluso internacional. No se trata de un evento cualquiera sino *del momento* en el que los estudiantes se destacan con sus habilidades deportivas, en una oportunidad excepcional. Ahora bien, en el puntual caso de Kira Seri, una chica determinada, que sabe exactamente lo que quiere y hacia dónde va, la exhibición de la Eyre significa destacar brillando y darse a conocer como la más grande jugadora de volley profesional del mundo que está segura que es.

De tal modo que cuando dos días antes Kira observa la “impuntualidad” en la organización del llenado de las fichas de los jugadores, que serán leídas el día de la exhibición, se cuestiona si la secundaria está realmente preparada para dar a conocer a los chicos que forma, especialmente a ella.

—Miss G. —Kira le reclama a la profesora de Inglés, que a su vez coordina la actividad con el entrenador López—, ¿cómo es posible que la persona que tiene que hacer las fichas en este puesto no esté presente? Tengo entrenamiento ahora mismo —consulta su reloj para asegurarse—. No puedo concederme ni un minuto de retardo, además de que usted sabe lo muy importante que es la preparación para nosotros, especialmente para el día de la exhibición; ¿a qué se debe esta demora?

—Cariño, pero si hemos empezado hace treinta segundos, tal demora no existe.

—Pues, yo creo que si una actividad está programada para las dos de la tarde, lo menos que se espera es que todo esté organizado antes de ese momento.

—Mi vida, no veo tal desorganización. Si no aparece el chico de este puesto, pasa después de Luisa con Carlos, ¿sí?

De reojo, Kira mira a su compañera de equipo, que está sonriente, actuando como si estuviese concentrada en el cuestionario que le hace Carlos, uno de los chicos de la clase que ocupa el escritorio identificado con el número “2”, y no en cada uno de los detalles de su conversación con la madre de Andre. Kira devuelve la mirada a los ojos de su profesora de Inglés, deseando que le lea el pensamiento: *Si ella va en algún lugar es antes de Luisa, no después.*

Aunque Luisa y Kira son compañeras en la selección femenina de volley de la secundaria Eyre, generalmente rivalizan, las dos quieren ser la número uno.

Pero Miss G. no repara en las inconsistentes solicitudes de esta niña mimada, prefiere no darle esa atención que ella siempre parece necesitar, sino continuar con la supervisión de la actividad que está a su cargo, y, para tranquilidad de la chica, apenas Miss G. la deja, un chico sonriente y sin premuras se presenta para ocupar el puesto tan demandado, justo el escritorio identificado con el número “1”, que Kira ha escogido con tanto cuidado como el adecuado para el llenado de la ficha de la mejor chica de la Eyre. Andre viene cargando dos cafés en tazas de plástico, pone una delante de ella cuando toma asiento.

—¿Tú?

Sobrado se quita los *Ray-Ban* y los coloca encima del escritorio, bebe un sorbo de su taza de café y levanta la *tablet* en la que llenará las fichas que le corresponden.

—Yo —le responde sin mirarla, deslizando la pantalla de la *tablet*, dándosela de importante.

—¡Esto es increíble...!

Si hay algo que Kira Seri no es capaz de tolerar es la indiferencia directa.

—¿Y esto que es? —Pregunta señalando la taza, en una entonación que raya la vanidad y el reproche.

—Se llama café y es para ti.

—Las deportistas no tomamos café —desliza la taza hacia él, consiguiendo que la mire.

—Lo dejaré apuntado en el renglón de curiosidades. ¿Nombre, señorita? —Él continúa con su pequeño juego.

—Sabes bien mi nombre —esto es indignante para ella, mientras él disfruta haciéndola enfadar.

—Mientras más tarde en responder las preguntas de la ficha, más demoraremos en terminar nuestra entrevista.

¿Pero qué...? ¿Quién se ha creído este charlatán para tratarla así?

En los últimos días Kira ha notado que la mascota de la Eyre ha estado actuando muy raro con ella, se ha hecho el indiferente y ha estado ignorándola, asunto que no la molestaría ni un poco si hoy, cuando le ha correspondido llenar su ficha, no estuviera haciéndose el payaso. Pero Kira no piensa tolerar esto ni un segundo más, si él quiere divertirse a su costa, ya verían cuál de los dos reía de último cuando el entrenador López, sino el mismísimo John Eyre,

se diera cuenta, el día de la exhibición, del faltante de la ficha de su jugadora más importante.

Respira profundamente y levantándose de la silla, antes de largarse le dice: —¡Eres un idiota!

A Andre no le sorprende este arrebato de la chica, ella generalmente suele ser así de explosiva con él, aunque nunca con una taza de café caliente a su disposición; pero Kira, que se lo ha pensado, demuestra un poco de civilismo y no se lo echa encima como Dios sabe que ha querido. Se retira, como suele hacerlo cuando está muy enfadada, empuñando las manos a los lados.

Con lo que espera sea reflejo de frialdad, Andre la mira retirarse pero, ¿a quién engaña?, está conteniendo las ganas de levantarse de la silla e ir tras ella para hacerle entender lo mucho que le disgusta que le trate como si le tuviera comiendo de la palma de su mano. Se termina el café de a pequeños sorbos y mira a su prima, que está en un escritorio cercano entrevistando a Joaquín, uno de los jugadores del equipo de fútbol. Lulú le sonríe con ternura, él sabe que con el pequeño show que ha montado Kira, le ha inspirado compasión.

Te ayudaré. Consigue leer en los labios de Lulú, pero Andre niega con la cabeza, prefiere dejarlo así y ganarse una detención, o lo que consideren los organizadores de la exhibición, o John Eyre, que justo estará presente ese día. Mira la fila de chicas del equipo de volley que esperan por ser atendidas y llama a la siguiente.

*

Alterada, furiosa e indignada, Kira ingresa en el baño de las señoritas y al mirarse en el espejo detecta que su rostro está rojo por lo que acaba de suceder con Andre en la sala de conferencias deportiva de la secundaria. ¿Quién se ha creído ese impostor de chico con confianza para tratarla así?

¿Nombre, señorita?

Se limpia una gruesa lágrima que ha osado rodar por su mejilla caliente mientras se mira en el espejo, sintiéndose decepcionada por dejarse afectar así por la indiferencia de un tonto.

Por primera vez en toda su trayectoria deportiva llega retardada a las prácticas de volley.

*

Andre se pasa la tarde echado en el sofá, todavía no había recibido ningún llamado de atención por la falta de la ficha de Kira Seri cuando abandonó la

escuela esta tarde, pero tampoco ha querido dar su brazo a torcer, él estaba cumpliendo con su trabajo, no había hecho nada incorrecto, preguntar su nombre era una solicitud del cuestionario, no un capricho suyo. Su único propósito, lejos de hacerla enojar, había sido hacerla sonreír y al ofrecerle café, tener un gesto con ella, no hacerse el patán.

—Voy a hacer tu ficha —fuera de sus pensamientos puede escuchar el anuncio de su prima, pero prefiere mantener la actitud de aparente indiferencia que ha conseguido toda la tarde y continuar haciendo *zapping*.

—¿Aceptó? —Pregunta con voz neutral y la mirada todavía fija en la tele.

—¿Acaso creíste que la capitana y jugadora estrella del equipo de volley de la Eyre iba quedarse sin su ficha?

—¿Conseguiste, entonces, que hiciera espacio en su apretada agenda para ti?

—Por supuesto —su prima le quita el remoto de la mano para conseguir su atención.

Hace poco más de cinco años que su familia sufrió la más trágica de las pérdidas, sus tíos, los padres de Lulú y Melissa, habían padecido un fatal accidente. Todavía recuerda muy bien cuando su madre le dijo con voz quebrantada que, como “el nuevo hombre de la familia”, debía cuidar de sus primas —que siempre se quedaban en ciudad Verano cuando su papá y su mamá tenían que viajar— mientras ella iba a Lara para resolver una situación. Cuando dos días después su madre volvió acompañada por el abogado de su tío, supo que no traía buenas noticias.

El dolor por la pérdida de su tío era más importante que saber que nunca le interesó a su propio padre, pero eso en comparación con la desolación de su primita menor, que se había inmerso en la desolación, prefirió hacerse el fuerte y tratar de devolverle la vida. Y aunque no fue fácil, todavía cree verla ausente muchas veces, Lucía, a pesar de las vicisitudes, ha conseguido la alegría y complicidad de la hermana que le habría gustado tener.

—No me llamo Andre y, gracias al Cielo, no me parezco a ti —Ah..., y siempre se ha creído muy lista.

—Ni te odian como a mí.

—No creo que te odie, Andre.

Su prima se hace espacio en el sofá para darle ánimos y cambiar su opinión, pero él sabe que Kira Seri lo aborrece.

—Kira solo es especial.

—Eso lo sé —Andre apoya los antebrazos en las rodillas y se cubre el

rostro con las manos, él preferiría no hablar de esto.

—Tal vez si la ignorases un poco...

—Me es imposible ignorarla, Lulú —lo ha intentado. Dios sabe que lo ha intentado.

—Está bien, está bien. Adórala todo lo que quieras.

—No se trata de adorarla, es solo que... ¡Es su maldito temperamento que me pone loco! —explica vehemente, estrujándose las sienes—. Hacer que me mire, que me hable, que me rete, se ha convertido en un desafío para mí. Me gusta todo de ella, que sea tan independiente, tan rebelde y tan jodidamente preciosa.

Esta tarde ha hecho lo incalculable por evitar mirarla, Kira Seri tiene el rostro de un ángel y un cuerpo perfecto, le mata ese lunar que tiene junto a esos labios carnosos, que en sus fantasías son suaves y saben al durazno que tienen por color.

—La tengo demasiado metida en la cabeza.

—Entonces, qué dices —Lulú se levanta del sofá y tintinea las llaves del Palio delante de él—, ¿me llevas a ver a tu amada?

*

Kira está sentada en su cama, sin poder concentrarse en el juego de volley que está transmitiendo *ESPN*, se ha pasado el resto de la tarde pensando en lo que pasó en la sala de conferencias deportiva y en cómo se quedó sin su ficha, cuando su teléfono vibra y le presenta un mensaje de su amiga Lucía. Se levanta de prisa y se mira en el espejo antes de bajar a recibirla, no se ha puesto nada extraordinario, solo leggins, un top rosa y *sneakers*, pero le gustaría lucir bonita, como si eso pudiera ser, hasta que se da cuenta de lo que está pasando y de por quién quiere verse así. Le pone los ojos en blanco al espejo y, en el vivo ejemplo de rebeldía, baja, sin que le importe su apariencia, para encontrarse con Lucía.

Al abrir la puerta de la casa y cruzar el jardín, Kira detecta que el coche de Andre está todavía afuera; en su interior se presenta esa inquietud que se ha venido manifestando en su cuerpo desde la noche del beso, sin embargo Kira evita pensar en eso, lo que quiere es que ese chico apeee del coche y le pida disculpas por dejarla sin su ficha, pero sobre todo por el horrible comportamiento que demostró con ella esta tarde. No obstante, Andre no cumple ninguno de sus deseos, ni siquiera hace contacto visual con ella.

—No te preocupes, ya se va —le comunica Lucía, como si Andre tuviese un virus mortal y se hubiese escapado de la cuarentena. Kira pone de su parte

para mantenerse entera y que no se le note la decepción, se habría conformado con que el chico le dijese cualquiera de las estupideces de su repertorio.

Por su parte, Andre se ha resistido a mirarla cuando la ha tenido allí a unos pocos pasos de su coche, se ha conformado con verla atravesar el jardín como si flotara, no obstante espera hacerse notar cuando de forma violenta acelera el motor del Palio al retirarse.

Mientras cierra la verja, Kira sigue el recorrido del coche hasta que lo pierde de vista.

Ya un poco más compuesta y agradada de que Lucía aceptara su obsequio, Kira trata de actuar normal haciendo una observación positiva sobre la falda que su amiga lleva puesta, la misma que hasta hace unos días estuvo en desuso en su armario.

—Y tú tienes una figura de modelo, Kira, y ropa muy bonita que te quedaría estupenda.

—Soy una *tomboy*, Lucía, nada femenina —aunque no lo comenta, Kira sabe muy bien lo que se dice de ella en la Eyre, que no le gustan las chicos, una vez se lo escuchó a Luisa Bernard cuando ella estaba en uno de los compartimientos del baño de chicas. En tal oportunidad prefirió no defenderse porque le pareció que hacerlo era darle valor al comentario, pero la información no se le borró de la memoria nunca—. A ti, sin embargo, todo te queda bien.

—Probablemente no te importe ni te haga cambiar de idea esto que voy a decirte —ambas se detienen en el umbral de la puerta de entrada de la casa Seri—, pero mi primo ha dicho que eres jodidamente preciosa.

Las palabras que su amiga ha dicho hacen que Kira se quede inmóvil, sorprendida del vocabulario con que se ha expresado y el poderoso significado que dicha descripción tiene. Kira no quiere pensar que tal expresión no tendría relevancia si la hubiese dicho cualquier persona, pero justo ha sido *él* quien se ha referido a ella de ese modo tan románticamente vulgar.

—Y a Andre le gustan las chicas muy femeninas.

Kira no vuelve a hacer contacto visual con su amiga, por un par de segundos, en su estómago sigue produciéndose ese revoloteo molesto que ella nunca ha sentido antes y que la pone enferma. Entonces reacciona, ella no es una chica romántica, pero, sobre todo, ese chico al que no le ha importado lo sucedido por la tarde, que se fue sin más, no tiene derecho alguno a ponerla así ni a tener una opinión sobre ella.

—Tienes razón, no me importa lo que piense.

El único chico del planeta

—¿Y bien...?

En el trayecto a su habitación Kira ha decidido que quiere saberlo.

—¿Vas a explicarme lo que significa?

—¿Qué cosa? —Kira la adora, pero odia cuando su amiga se hace la desentendida—. El comentario de tu primo. ¿Por qué o en cuáles circunstancias lo dijo?

—Pensé que no te importaba.

—No me importa —levanta un brazo para dejar claro su despreocupada posición al respecto—, no me malentiendas, pero una no puede quedarse así como si nada después de escuchar tal opinión. Venga de quien venga.

—No te preocupes... A lo mejor es el único chico del planeta que se siente así por ti. Qué más da.

Toda su vida Kira se ha sentido el patito feo que no pertenece a ningún grupo, con la reciente excepción de su ingreso al equipo de volley de la Eyre, donde prefiere destacar y no socializar. Su exclusión es tal que incluso en su núcleo familiar le es difícil conseguir la atención y aceptación de sus padres o de sus hermanos. Desde que Luciano está en conversaciones para convertirse en la próxima sensación del fútbol internacional, para su padre no existe otro hijo que él, pero antes de eso, Mateo era el número uno de la familia. A su madre le brillan los ojos por sus hijos, mientras que por ella solo siente repulsión, puede verlo cuando la tiene delante, la señala por su forma de ser y vestir, y siempre está molestándole con que participe en el concurso de Señorita Ciudad Verano. Lucía ha sido la única que, con todas sus faltas la ha aceptado, de tal modo que cuando es justamente ella quien le explica su realidad sin adornos se le cae la confianza que el “jodidamente preciosa” de su primo ha conseguido unos minutos antes.

—Ah, muchas gracias, Lucía.

—Me refiero a que eres tan gruñona que quién va a acercarse a ti así, Kira...

En este momento, Kira quisiera tener un caparazón como el de las tortugas, para ocultarse y no tener que ver a nadie. No se engaña, ella sabe que su amiga solo trata de arreglar lo que ha dicho antes.

—Lo siento, te he respondido como alguien que trata de defender el orgullo

de un primo que generalmente es pisoteado —esta referencia hace que la piel de Kira varíe su orientación—. Significa que eres muy bonita sin tener que esforzarte... Y me lo dijo porque suele contarme todo y sé que le gustas mucho.

Kira vuelve a mirar a su amiga tras esta última revelación, pero nada de lo que Lucía diga ahora la hará olvidar lo que dijo en primer lugar.

—Tienes razón, Lucía, creo que sólo le gusto a tu primo porque es un bicho tan raro como yo.

—Andre no es un bicho raro y tampoco lo eres tú.

Kira siempre ha sido la más alta de su clase y del equipo de volley, donde no le ha molestado tener la máxima estatura, pero en todos los demás escenarios, siempre ha sido objeto de comparaciones que a una chica no se le olvidan, especialmente si vienen de los chicos. De ahí su actitud hostil para con el mundo, Dios sabe que intentó ser una niña dulce, ahora, con un carácter agrio, sueña con terminar de una vez por todas con la secundaria y enfocarse exclusivamente en el deporte.

—Es demasiado alto y demasiado delgado y tiene todas esas pecas y esos rulos que no se corta. Además es un flojo que no riende en clases, que hace sufrir a la pobre Miss G. con sus bajas calificaciones. Ni siquiera es bueno en Inglés. Sé que fuma y bebe hasta emborracharse en las fiestas. Tampoco trabaja y siempre anda metiéndose en problemas. Una gruñona como yo solo podría conseguir la atención de un vago como él.

Ahí está, lo ha expuesto, así es como se siente acerca de Andre y las razones, *no las físicas*, pero las actitudinales, por las que necesita dejar de sentirse vulnerable cerca de él.

—Andre no aprueba Inglés con mejores calificaciones porque es un rebelde, tía Gisselle le ha hablado en ese idioma desde que es un niño, y él lo habla, lo lee y lo entiende perfectamente. Para que lo sepas, él nunca quiso estudiar en la secundaria Eyre porque su mamá forma parte de la plantilla de profesores y porque tampoco es bueno para el deporte, pero tía Gisselle le obligó. De ahí una parte de su comportamiento irreverente. No justifico sus meteduras de pata pero es el primo más cariñoso y preocupado por sus primas, que ha tenido una infancia marcada por la ausencia de un padre que le abandonó a conciencia.

Esta verdad impresiona a Kira, especialmente por lo poco que en realidad conoce del chico cuya presencia o ausencia la ha mantenido alterada los últimos días. Todo el mundo sabe que Andre no tiene padre, pero ella desconocía que le hubiese abandonado a conciencia.

—Tú perdiste a los tuyos, eso es más doloroso —una réplica cuyo único objeto es no dar su brazo a torcer.

—No discuto que sea doloroso, pero sé que ambos me amaron sin limitaciones. Andre no puede decir eso.

—Su mamá le quiere mucho —sigue defendiendo su causa, para ella Andre no es un pobre chico triste.

—Su mamá sabe ser muy buena tía, pero como madre de un chico es un lío.

Por un segundo Kira levanta la mirada. Muchas acciones de Andre empiezan a tener sentido para ella, su rebeldía, su despreocupación por los estudios y ese mal hábito por el alcohol. Incluso piensa que ha sido demasiado dura con él, no solamente esta tarde, sino siempre.

—Si Andre trabajara, obtuviera mejores calificaciones y no se emborrachara en las fiestas, ¿te agradecería más?

La pregunta la sorprende. Tiene que reconocer que Andre es un chico que ha sido dulce y amable con ella al punto de ser molesto, el único que en sus dieciséis años la ha visto como una chica y no como la gruñona *tomboy* de la escuela. Pensándolo mejor, algo no debe estar bien con ese chico cuando se fijó en ella y no en cualquiera de las chicas guapas de la Eyre. Tal vez solo se trate de un reto para él conseguirla, de una broma que Lucía no puede detectar porque es incapaz de ver nada erróneo en su primo.

—Andre no me agradecería más ni volviendo a nacer.

Kira prefiere mantenerse en modo hielo.

—Mejor dejemos de hablar de Andre y empecemos con esto—el llenado de la ficha, que es para lo que su amiga ha venido.

—Lo siento, Lucía, pero es que... —se baja de la cama, donde ha estado sentada, y se pone inquieta a caminar por la habitación—. Tu primo hace que me hierva la sangre. Eso me pasa. Por eso no quiero verle nunca.

—¿Tanto le detestas?

¿Detestarlo?

Qué palabra tan fuerte. La sola pregunta la hace detener el paso. ¿Cómo podría ella detestar a alguien que solo la ha hecho objeto de distinciones e inspirar todo lo que nunca se creyó capaz, siendo una chica?

—Tienes razón, mejor no hablemos de él —hay muchas cosas en las que prefiere no pensar si no quiere que su vida pierda el equilibrio que ha mantenido durante dieciséis años, antes de ese maldito beso. Se da la vuelta para que Lucía no pueda ver lo que esta conversación está ocasionando en ella.

—Debí enviarte las preguntas por correo, ahora que lo pienso, no tenía sentido venir —le comenta su amiga.

—Está bien que hubieras venido, Lucía —ella extiende la mano hacia la de su amiga, como una especie de tregua entre ambas, aunque no estén molestas. Internamente Kira agradece que Lucía pudiera leerla tan bien y hubiera respondido el cuestionario por ella haciéndole apenas dos o tres preguntas—. Deberías venir más seguido, pocas veces me siento en confianza con alguien. Eres como una hermana para mí.

Por respuesta, Lucía le sonrío y le aprieta la mano.

—Siento haber dicho lo que dije —apunta luego de haber consultado la hora en su reloj—. No es cierto que solo le gustes a Andre. Eres una chica muy bonita que en cualquier momento conseguirá la atención de un chico que la vuelva loca.

Pero Kira no quiere gustar a cualquier chico, si pudiera, escogería solo a uno. Pero es tal la psicología que se ha auto impuesto desde que tenía aproximadamente diez años, cuando empezó a ver al volley como su más grande pasión, que no puede concederse ningún pensamiento que lo desvirtúe.

—Sólo quiero gustarle a mi deporte, Lucía. El volley es la única relación que siempre he tenido y quiero tener. Al volley le gusto tal y como soy, no necesito ponerme un vestido ni maquillaje.

—Entiendo.

—No puedo permitirme una pizca de distracción.

Kira espera que Lucía le diga que Andre le dará el espacio que necesita para ser la deportista profesional que sueña y que no le importa que no use maquillaje ni vestidos, pero su amiga opta por una simple sonrisa.

*

—¡Mamá...!

Kira no puede creer la ofensa que su madre ha hecho a su amiga durante la cena, a la que ella misma invitó cuando Lucía se presentó en la casa. Es que tenía que haber previsto que Gabriella Seri sacaría cualquier intolerancia de su repertorio.

—¿Qué?

La muy cínica se hace la desentendida. Kira juraría que ni siquiera recuerda que Lucía es una de las empleadas de la heladería.

—¿Cómo le dices eso a Lucía?

Su madre ha insinuado que la falda que su amiga lleva puesta ha sido hurtada de su armario.

—No te preocupes, Kira, tu mamá no está refiriéndose a mí —Lucía, que es una muchacha muy inteligente, evita la ofensa, sin embargo a Kira no se le pasa la tensión que hay entre ambas.

—Por supuesto que no.

—Pero es de muy mal gusto —le reclama Kira—. Lucía solo vino a completar mi ficha para el día de la exhibición.

—Sí, y he debido retirarme hace mucho —Lucía comienza a despedirse y no es para menos, si esto que acaba de pasarle a su amiga le hubiese sucedido a Kira, no estaría tan calmada sino ofendiendo a su propia madre.

—Y le regalaría todo mi armario. Esa ropa está desperdiciada conmigo.

Cada semana su madre le trae un vestido o un par de tacones nuevos que ella jamás utilizará.

Afortunadamente su hermano Luciano se presenta justo en este momento para ayudarla a defender a Lucía, Kira sabe muy bien todo lo dominante que puede ser su madre, la mayoría de las veces la confronta, pero en general es horrible tener que convivir con alguien así de impositiva e inflexible.

Kira sigue a Lucía y a su hermano hasta el jardín, pues Luciano, después de observar el caos en el que se ha convertido la cena, se ha ofrecido a llevar a su amiga.

—Si quieres estar un rato más con ella, ven con nosotros —le ofrece a Kira, en ocasiones, Luciano tiene ratos de amabilidad con ella.

—¿De verdad...? —Qué idea más feliz para Kira—. Que no se diga más.

Pero Kira empieza a preocuparse cuando nota que su hermano no toma el camino hacia el edificio donde vive Lucía sino que va de vuelta a la bahía.

—¿Adónde vamos?

—¿Querías estar un rato más con Lucía, no?

Kira frunce el entrecejo.

—¿Adónde nos llevas, Luciano? —pregunta su amiga.

—Todos los chicos están en la playa. Es noche de fogatas.

*

—Ya deja de pensar en Kira Seri —le dice Luisa—, lo que te hizo hoy fue bochornoso e imperdonable —Andre solo la escucha, deseando que Kira no fuese un tema entre ellos. Abre una cerveza para distraerse—. Todos lo vimos. Debes olvidarla.

Olvidarla, cómo si fuese tan fácil, desde la noche del beso imaginario no ha dejado de soñar con lo mismo, está obsesionado con ella.

—Tú eres un chico maravilloso —Luisa Bernard está muy cerca de Andre,

apartándole cada rulo que se le cruza delante de los ojos—, que merece estar con alguien que te aprecie y te valore —Andre la mira, más o menos se da una idea de quién tiene en mente para tal acción—, y esa, mi amigo, no es Kira Seri.

Andre tiene que reconocer que aunque la ha tenido en el pensamiento día y noche, en los últimos días, Luisa Bernard ha sido de gran ayuda para él pues, mientras Kira le gruñe y le trata con indiferencia, Luisa es agradable, dulce y siempre tiene una bonita sonrisa para él. Si algo va a recordar de ella cuando se termine la secundaria y se largue de ciudad Verano, sera eso, su bonita sonrisa.

—¡Qué bonito!

En el fondo puede escuchar la voz de su prima.

—¡Lulú...!

Andre se alegra de verla en la noche de fogatas, casi nunca puede asistir por estar trabajando, pero, ¿conseguiría hacer su ficha?

—¿Cuántas de éstas has tomado?

—No empieces, primita —está en ese plan de mamá Lulú que a él le molesta tanto, abraza a Luisa, a quien también le ha sacado el lado maternal con todos esos sermones sobre olvidarse de Kira Seri, y bebe un trago de la cerveza. Los dos ríen en complicidad—. ¿Qué crees? Estoy poniendo en práctica tu consejo, ¿cierto Luisa? —La chica habría asentido a cualquier trampa que Andre le hubiese tendido.

—Ignorarla —él y Luisa se miran y ríen como cómplices.

—Te felicito porque escogiste el día perfecto para llevarlo a cabo.

—¡Hey...!

Su prima le ha quitado la cerveza de la mano para desparramar el contenido sobre la arena.

—Eres el más tonto de todos los tontos de este mundo. ¿Sabes quién ha venido conmigo y se ha largado apenas te ha visto en esta actitud?

Andre no puede creer el nombre que va a escuchar, de hecho, ni siquiera le da chance a su prima de completarlo, empieza a buscarla con la mirada por toda la bahía hasta que la encuentra.

*

Es que tanta indiferencia tenía que ser por una razón —se dice Kira mientras anda apresurada hacia la heladería familiar, queriendo dejar todo atrás—. Le gusta Luisa.

Kira siente que se le ha formado un nudo en la garganta y está luchando por

no llorar, ahora lo comprende todo. Esperando haber pasado inadvertida, no vuelve la mirada hacia la fogata, donde están todos, se concentra en andar más rápido de lo normal para que su hermano Teo, que a estas horas debe estar en la heladería, la devuelva a casa. Ya no volverá a confiar en Luciano, le ha tendido una trampa espantosa, sacarla así de su tranquilidad para traerla a una actividad de la Eyre por la que no habría pintado nunca, más para encontrarse tal escena, eso no va a perdonárselo jamás.

Kira aprieta el paso hacia la heladería, va tratando de encontrarle una explicación lógica a la incomodidad de sus sentimientos cuando siente que unos dedos largos se acomodan alrededor de su brazo para detenerla.

El corazón de Kira late con fuerza, pero ella se resiste a pensar que es una consecuencia de la emoción que se ha producido al ver de quién se trata, prefiere creer que es la adrenalina derivada de la rapidez con la que ha venido andando. Sin embargo, a pesar de que anula cualquier debilidad que Andre le produzca, detalla la ropa con la que está vestido, una camisa de botones azul celeste, que lleva arremangada hasta el brazo, jeans claros y los Converse de color índigo con los que va a todos lados, tiene el pelo tan largo que los rulos casi le cubren esos ojos de leopardo que tiene.

—¡Wow! —Andre libera su brazo para apoyar ambas manos en las rodillas —, debo tomarme en serio eso de hacer ejercicios y sacar ventaja de la secundaria a la que voy —dice con la respiración entrecortada—. ¿Podemos hablar?

—¿Qué quieres? —responde con altivez, tratando de dominar el momento.

Él respira hondo para tratar de equilibrar la falta de oxígeno en su cuerpo.

—¿Por qué te has ido?

—No he estado —se defiende, no le gusta la idea de que piense que si se ha ido de la noche de fogatas es porque le ha visto con Luisa Bernard. Él, por su parte, entorna los ojos—. Me trajeron bajo engaño —le explica un poco más —, y si tu prima y mi hermano no hubieran estado mirándose como un par de cachorros enamorados, no me habría bajado del Jeep. ¿Contento?

No tan contento, sin embargo, Andre no le discute la explicación. Mira detrás de ella, la heladería de los Seri, que supone es lugar al que se dirige con tanta prisa, está a algunas tres cuabras más.

—¿Puedo acompañarte?

—Pensé que estabas ocupado? —vuelve a responder a la defensiva, pero le sale tan natural que Kira no parece darse cuenta.

—¿Ocupado? —Andre trata de disimular esa pequeña sonrisa que se le ha

escapado, entonces sí lo ha visto con Luisa y se ha sentido incómoda— ¿Con qué, o con quién?

—Con lo que sea que te ocupes cuando vienes a estas... —Kira mira hacia la bahía, al punto en el que hay una gran fogata encendida y un importante grupo de chicos sentados alrededor—, reuniones.

Nota que Andre no deja de mirarle los ojos.

—Además del alcohol, claro está, que es lo que más te gusta —a Kira no se le pasó el detalle de Andre ofreciéndole de su cerveza a Luisa Bernard. *¿Por qué entre tantas chicas, tuvo que fijarse en ésa?*—. ¿Por qué tienes que beber de ese modo?

—Tú lo has dicho, me gusta, es divertido.

—Es decir, que si no bebes no puedes divertirte.

—Tal vez sí, pero no lo he intentado. Esta noche apenas he tomado dos cervezas —se inventa una mentira rápida, por lo menos ha bebido cuatro—. Vamos —da un paso hacia ella—, te acompaño a la heladería.

Pero ella coloca una mano sobre su pecho para impedirle que se acerque.

—No quisiera que te perdieras la diversión.

—Y yo no quisiera verte andando sola por estos caminos.

—No estoy sola, mira alrededor, hay mucha gente por aquí.

—¿Por qué siempre tienes que ser así de obstinada? —A Andre no le importa que hace un segundo quisiera mantenerlo a raya, adelanta un paso hacia ella.

—¿Y tú por qué siempre tienes que desafiarme? —Ella también adelanta un paso, hacía días que no estaban tan cerca el uno del otro. Kira siente cómo la adrenalina la domina, no se lo piensa un segundo, se pone de puntillas, y aguantándose del cuello de la camisa de Andre, atrae sus labios a los suyos.

Esta vez, Andre es perfectamente consciente de lo que está sucediendo, aunque ha bebido algunas cervezas, no son como para alucinaciones, con una mano le sujeta la cintura y con la otra la cabeza, mientras la guía lentamente hacia una palmera que está a pocos metros del punto en el que están, no quisiera que toda la Eyre se enterase de este modo del primer beso entre ambos.

Andre apoya a la chica contra el tronco de la palma, en la bahía de ciudad Verano hay muchas, y ahí continúa besándola, saboreándola, tanteándola, si es así como se va a poner cuando la desafíe, entonces tendrá que hacerlo todos los días de su vida pues, Kira Seri es más dulce de lo que recuerda de sus sueños.

Kira siente cómo la lengua de Andre se abre paso dentro de su boca, como brevemente sucedió aquella primera vez que ella se ha empeñado en negar, ella también es más consciente de lo que está sucediendo, nota que las manos de él le recorren el cuerpo, brindándole la confianza para que ella le cerque la cadera con las piernas, consiguiendo una importante intimidad.

—Andre... —musita luego de unos segundos o minutos, ha perdido la noción del tiempo. A él le se le eriza la piel de escuchar su nombre con tanta dulzura.

—¿Ummm...? —No quiere hablar, solo quiere seguir besándola.

—¿Qué estamos haciendo?

—Se llama beso, y esta vez no podrás negarlo.

—Pero esto es la vía pública.

Él interrumpe la profundidad del beso y lo cambia por unos más cortos, para atenuar la intimidad y colocarla nuevamente en el suelo.

—Tienes razón, preciosa —la besa una última vez, un beso corto pero con mucha intención.

—Discúlpame, creo que... No sé qué me pasó.

Él no sonrío, ni se burla, solo acuna su rostro en sus manos y la mira como si tratara de descifrar algo.

—Tus labios son tal y cómo los recordaba.

—No puedes recordar algo que nunca has tocado hasta hoy —se empeña en mantener la farsa del primer beso no concebido.

—Los he tocado en mis sueños.

Kira baja la mirada ruborizada.

—Ven —le toma la mano—. Te acompaño a la heladería.

El recorrido lo hacen con extrema lentitud para ser dos personas con piernas tan largas, pero cuando dos jóvenes se sienten como Andre y Kira en este momento, es necesario que cada minuto valga y que cada cinco pasos el chico se incline para besar a la chica.

Por primera vez Kira reconoce que todo esto que siente cuando está con él son esas fulanas mariposas sobre las que se hace referencia en las pocas películas románticas que ha visto. También se da cuenta de que el incidente de la ficha se ha convertido en un tabú entre ambos, hablan de todo menos de ello, es como si no hubiera pasado. Cuando llegan a la heladería, Kira le invita un helado, que a Andre no le apetece, pero acepta solo para complacerla y estar un rato más con ella. Se sientan juntos en una de las mesas de la terraza hasta que él cree conveniente volver con los demás y permitir que

alguien de la familia la lleve a casa, pues sabe que a él no le aceptará el traslado. Andre nunca ha hecho un recorrido por la bahía más agradable, sintiéndose tan vivo y lleno de esperanza, con deseos de transformarse, de ser una mejor versión de él en el presente-futuro, y lo haría, lo conseguiría, por ella. Por él.

Hombres de negro

Pero al día siguiente, Kira Seri ha vuelto a ser la chica orgullosa e impenetrable de siempre, cuando tiene que pasar el día ensayando la coreografía de la exhibición con los demás jugadores, las animadoras y Andre, al que también le corresponde participar en su rol de la ardilla Eyre, la mascota de la secundaria, parece que ha sufrido de amnesia y ha olvidado todos sus impulsos de la noche anterior, porque si Andre ha tenido algo claro es que, aunque él habría querido hacerlo, ella fue quien tomó la decisión de besarle. Durante uno de los descansos del ensayo, el chico la toma de la cintura con la intención de, esta vez, ser quien tome la iniciativa y expresar todo el afecto que siente por ella detrás de una de las gradas del estadio de fútbol; pero no ha conseguido colocarla delante de él cuando ella le empuja y le mira con desprecio.

—¿Qué haces? Déjame.

Andre no tiene tiempo de imponerse o hacer una réplica pues con determinación la chica se aleja como si estuviese huyendo de un peligro inminente. Él, que no ha creído los sentimientos reflejados en esa mirada, que lleva tiempo estudiando, prefiere cederle el espacio que necesita, esperando la oportunidad de hablar con ella al final del día; pero la chica no tiene sus mismas necesidades, cuando, ya de noche, se terminan los ensayos para la exhibición, Andre no puede alcanzarla, ha sido inteligente en esquivarlo. Escurridiza entre los demás, se ha ido directo al auto familiar que ha venido a buscarla.

En el trayecto hasta su casa, Kira se permite pensar en Andre, cuando lo ha visto hoy sus sentimientos se han renovado en emociones que no sabe cómo manejar y que no quisiera tener. Su vida era mucho más simple cuando no lo conocía y lo único que ocupaba su mente eran sus aspiraciones a ser la mejor jugadora de volley del mundo. Cuando la tomó de la cintura para repetir el beso de la noche anterior, ella ha querido consentirlo, pero ha tenido que mantenerse fuerte, necesita estar enfocada. Nadie puede distraerla.

Andre mantiene la distancia con ella todo el día siguiente, no la busca, no la habla y no la mira, aunque es consciente de cada uno de sus movimientos y escasas sonrisas. Pero durante la exhibición, le es imposible ignorarla, si algo le gusta a Andre es cómo luce Kira en el uniforme de las Panteras. Con su

carisma y gracia natural, el chico ha obtenido la atención del público, robándose el espectáculo con las animadoras, que sin problemas han improvisado con él, lo que trata de repetir con las jugadoras de volley, su intención es divertir a los espectadores y conseguir que la actuación de las chicas resalte un poco más, destacando a Kira entre todas, pero cuando se le ocurre bailar La Macarena delante de ella no tiene idea del giro que su ocurrencia conllevará.

Los sentimientos de Kira son en extremo confusos, en un minuto quiere revivir los besos con Andre y en otro los lamenta y se arrepiente con todas sus fuerzas, como ahora, cuando no comprende qué le sucede y por qué la presencia de ese chico la pone tan loca, comprometiendo su comportamiento, moviéndola a hacer cosas que no pueden ser más que inusuales arrebatos sinsentido, que, adicionalmente no le permiten concentrarse en lo que siempre ha sido su pasión, el volley, y justo hoy, cuando tiene que hacer la demostración del saque flotante, que es su sello, y esa ardilla se ha detenido frente a ella para hacer ese ridículo baile que entorpece su jugada. Pero esto no es lo que más la mortifica, sino que Luisa, a quien le corresponde continuar la jugada, también ha interrumpido el protocolo para llamar la atención de Andre, poniéndose frente a él para bailar de forma sugestiva. Al verse desplazada, Kira olvida su ética profesional y desprendiéndose del balón suministra una docena de puños contra la espalda de la ardilla. A continuación, Andre se vuelve hacia ella, tratando de detener el ataque, pero Kira insiste hasta que cae en cuenta de que una de las cámaras ha estado enfocándola y transmitiendo en vivo, posiblemente a cadenas deportivas internacionales, su alocada actuación. Furiosa, tiene las mejillas de un color escarlata poco usual en ella, pero muy inteligente también, sonríe y abraza a la ardilla Eyre como si todo hubiera formado parte del espectáculo. El entrenador López, que ha estado dirigiendo la exhibición, inteligentemente corta la actuación de las Panteras para dar paso al plato fuerte de la tarde, los jugadores de fútbol.

Indignada y furiosa, en lugar de volver a los vestidores para esperar los minutos que se toman los jugadores de fútbol en hacer sus laboratorios y terminar la exhibición, Kira toma otra dirección. John Eyre, el dueño de la secundaria y jugador retirado del Real Madrid, está en el fondo de la oficina, detrás de un majestuoso escritorio, como si estuviese aguardándola.

—Señor Eyre... —se detiene al ver que dos hombres trajeados, altos y musculosos, que custodian la puerta, le obstaculizan el paso—, necesito... —

les mira a ambos sin dejarse intimidar, luego intenta conectar la mirada con la del jefe—, necesito poner una queja sobre un chico.

—Déjela pasar —la fuerte voz del dueño de la secundaria sí la intimida, ya no se siente tan segura del paso que ha venido a dar. Los hombres la miran como si se tratase de nadie pero le abren paso. John Eyre señala el asiento delante de su escritorio. Temblorosa, ya no de rabia sino de dudas ingresa a la oficina y toma asiento.

*

Andre ha querido hablar con Kira para asegurarse de que está bien, pero no ha podido encontrarla en los vestidores para chicas, en los que se ha valido de Becca, la capitana de las animadoras y mejor amiga de su prima, para localizarla. Conformándose con que hablará con ella cuando termine la exhibición, se reserva en los vestidores de los jugadores de fútbol mientras ellos realizan su parte del espectáculo y él espera para presentarse nuevamente en el cierre, se presiona las sienes con las manos apoyadas en las rodillas, es un alivio no tener esa cabeza de ardilla encima, que le pone pegotoso y muy acalorado.

¿Qué fue eso? —se pregunta, sintiendo todavía los ligeros puños de Kira en su espalda. Se levanta del asiento determinado a encontrarla, necesita que le explique este nuevo arrebató, pero un hombre detenido en la puerta de los vestidores, corpulento, vestido de traje negro y gafas oscuras, al que solo le falta el borrador de memoria de Will Smith, le cambia los planes.

—¿Pasó algo? —Le pregunta al hombre que le ha capturado y le arrastra del brazo por los pasillos desiertos de la Eyre, todos están en el estadio de fútbol, pero éste no le da explicación alguna, ni siquiera refleja emociones en su rostro. Resignado, Andre se limita a ir junto a él hasta su destino, el mismo lugar del que observa a Kira salir.

—Kira... —se adelanta un poco, tratando de zafarse del agarre del gorila. *Le pasó algo*, es el primer pensamiento que le cruza la mente, pero cuando mira a John Eyre adusto, cruzado de brazos, detrás de la chica, mirándolo a él con severidad, como si estuviese esperándolo, se da cuenta de lo que en realidad ha sucedido—. Kira, ¿qué hiciste? —Le pregunta cuando pasa junto a ella, cuyo estado emocional es difícil de leer. Continúa mirándola hasta que lo colocan, como a un criminal, dentro de la oficina y cierran la puerta.

*

Andre lleva alrededor de una hora en la oficina del dueño de la secundaria

esperando su condena, éste apenas le ha dicho, antes de retirarse para hacer su aparición en el espectáculo, que ningún chico le arruinaba la exhibición.

La oficina de John Eyre, que muy poco se utiliza puesto que él solo viene para el día de la exhibición o cuando un chico con habilidades extraordinarias para el fútbol es descubierto, está amoblada con mobiliario y artículos importados, lo más costoso y exclusivo de Europa, y cuenta con la visualización y registro de cada una de las cámaras de seguridad que están instaladas en toda la secundaria, Andre apuesta que lo ha visto venir como un vagabundo, así como a su chica, cuando le trajo la novedad sobre él. Aunque sin poder escuchar nada, por la cámara que está instalada en la sala de conferencias deportiva ha seguido la rueda de prensa y el homenaje para los jugadores, último en el que también ha debido estar presente como uno de los invitados. Desde acá ha visto que Kira, como capitana de las Panteras, se ha compuesto y ha respondido las preguntas de la prensa e incluso les ha hecho reír. A pesar de lo sucedido, su captura y aislamiento, mientras la mira, Andre no puede desarrollar ningún sentimiento de rencor contra ella.

Transcurren cerca de veinte minutos más sin que se presente alguien en la oficina, Andre no se siente inquieto por la sentencia sino por el sentimiento de encierro y aislamiento, no ha podido comunicarse con nadie desde que le trajeron aquí, su teléfono le fue confiscado cuando fue capturado, en este momento ni su prima ni Miss G. saben de su paradero, no que él hubiera querido preocuparlas con semejante situación, pero si tuviera posesión de su teléfono al menos tendría algo con lo que remediar la desesperación, ni siquiera puede levantarse del sillón en el que le han depositado los Hombres de Negro pues estos le inmovilizan desde la puerta con una simple inclinación de cabeza, al menos le permiten tener las piernas colgando del apoya brazos del sillón. Cuando nota que los hombres interrumpen momentáneamente su posición relajada para ponerse en alerta, sabe que John Eyre está de regreso.

—¿Hay alguna forma diferente de reparar el daño, Señor Eyre?

Aunque no ha venido solo. Andre se pregunta, por qué John Eyre tenía que involucrar a su madre en sus asuntos.

El dueño de la secundaria se arregla un poco más el traje, casi está vestido como sus gorilas, antes de tomar asiento en su trono.

—Tome asiento... —le ofrece a Miss G. la butaca junto a la de su hijo. Andre detecta que la mirada del hombre se dirige al pecho de su madre, donde tiene un identificador. Se entiende que él es importante, que se rodea con gente de élite, lo mejor de Europa, pero eso no le da oportunidad para desconocer el

nombre de la profesora más querida de su secundaria—, Miss G.

Desde que se ha presentado en la oficina de John Eyre, Miss G. ha evitado hacer contacto visual con Andre.

—Deben saber que casos como éste ameritan la expulsión definitiva de la secundaria —John Eyre le mira por un segundo—. Ningún chico, ni siquiera la próxima estrella a ser fichada, tiene permiso para salirse del protocolo de mi exhibición.

Andre, que ha vuelto a una posición de muchacho bien educado sobre el sillón, le sostiene la mirada al hombre hasta que John Eyre se ve en la necesidad de mirar a su madre, que no hace más que rogar.

—Pero, señor Eyre... —Miss G. tiene las manos enlazadas en el regazo y se inclina hacia adelante, como si la desesperación le ayudara a resolver algo.

—Ninguno, Miss G.

—Pero...

—Mamá...

Miss G. y él encuentran las miradas, si está expulsado terminará en una secundaria de cursos nocturnos, ya verá, pero Andre no desea que su madre se rebaje delante de un hombre que no se ha molestado en permitirle la debida defensa; pero de todo esto, a ella solo le ha quedado grabada en la memoria la expresión que su hijo ha empleado para referirse a ella.

—Ni siquiera su hijo —puntualiza el hombre.

—Pero..., señor Eyre, debe haber alguna forma de...

—Mamá —Andre se levanta de la silla—, salgamos de aquí.

—No, espera —su madre le toma del brazo con la intención de que regrese al asiento, pero Andre permanece de pie, esperando salir de esa escuela cuanto antes para no volver jamás—, tiene que haber alguna forma de resolverlo, no lo sé, ¿con trabajo comunitario tal vez? —Solemne, John Eyre niega con la cabeza—, ¿una disculpa pública? —El hombre sigue negando—. Señor Eyre, no tengo cara con que pedírselo, pero es el último año de Andresito, que ha estudiado aquí por cinco, tiene que haber una excepción, un castigo menos drástico, lo que sea.

—La excepción, mi señora, se hizo justo hace cinco años, cuando este chico no demostró tener habilidad alguna para el deporte.

—Pero...

—¡Mamá! —Andre está cada vez más enojado, ahora es él quien toma el brazo de su madre obligándola a ponerse de pie—. Aquí no hay nada que hacer.

Su madre enjuga algunas lágrimas delante del dueño de la secundaria a la que ha dedicado los mejores años de su vida, esperando que se manifieste de un momento a otro algún signo de bondad, pero lo único que se presenta en este momento es la vibración del teléfono del hombre, que reposa sobre el escritorio.

*Llamada entrante:
Luciano Seri*

Andre alcanza a leer.

—Me disculpan... —dice John Eyre antes de levantarse a contestar la llamada.

—¿Qué le has dicho, Andrés? —Con lágrimas en los ojos, su madre le mira de soslayo, pero Andre no puede responderle, nunca se le permitió defenderse —. Estoy muy decepcionada de ti.

Andre mantiene el orgullo en alto y la mirada al frente.

—Necesito comunicarme con Miguel —su madre rebusca su teléfono por encima de la ropa—, él sabrá cómo ayudarnos.

—Miss G., el entrenador López no podrá hacer nada, no involucre a nadie más, acepte que se acabó.

—No he educado a un conformista —le confronta.

Andre exhala obstinado. Tal vez sí es un conformista, nunca quiso ir a la Eyre y ahí está. Se ha conformado toda su vida.

—¡Maldición!, tienen mi teléfono. ¿Por qué tenías que hacer eso, muchacho? ¿Es que no conoces las normas?

Andre sigue mirando al frente evitando explicarse. Nunca pensó estar metiéndose en un lío que le ocasionara la expulsión de la secundaria cuando trató de hacerse el gracioso con Kira Seri.

El movimiento de John Eyre cerca de ellos les pone en guardia, mientras éste, retoma su asiento y le pide a ambos que regresen a los suyos.

—Es realmente vergonzoso para mí, que he fundado esta secundaria con la intención de preparar lo mejor de la juventud de la región, que hubiese sucedido algo fuera de lugar como lo que pasó hoy en la exhibición con uno de los alumnos que, como agregado, es hijo de una de sus profesoras más queridas. Sin embargo, voy a hacer una única excepción con este muchacho —de reojo, Andre puede ver que a su madre le vuelve el alma al cuerpo—, *por usted, Miss G.*, no por él, que le quede claro.

Sumergida en la sumisión, su madre asiente.

—El joven queda suspendido por una semana.

Miss G. asiente una vez más.

—Gracias, señor Eyre.

—No necesitamos favores de nadie, mamá...

Andre no tolera lo que está pasando.

—Salgamos de aquí.

—¡Andre!

Al ver a su madre tan impresionada, el chico retrocede un poco, no quiere arrepentirse de lo que ha dicho pero quisiera que su madre le dejase decidir por una vez. Siente demasiada impotencia por lo que está sucediendo. Nunca intentó herir ni enfadar a nadie.

—Discúlpese, jovencito —no es su madre la que le habla—, o yo mismo me encargaré de que ninguna secundaria lo reciba.

—Discúlpate, Andre.

Andre nunca ha estado tan enfadado en toda su vida, si no fuera a traerle problemas legales, le arreglaría la cara a John Eyre y, por qué no, también le haría una nueva decoración a su oficina.

—Lo siento —suelta entre dientes, después de unos largos segundos. No ha querido, pero su madre ha prevalecido en sus sentimientos.

—Muchísimas gracias, señor Eyre.

—Llévese a ese muchacho de mi vista.

—Vamos, Andrés —Miss G. le toma del brazo y él, cabizbajo, empieza a andar a su lado.

—Una cosa más, Miss G. —la profesora y él se giran para verle—, una nueva improvisación de ese chico y puede contar con que no pondrá un pie en mi secundaria otra vez.

—Como usted diga, señor.

Con compasión, Andre mira a su madre, la habría valorado más si en lugar de rogarle a John Eyre que le diera otra oportunidad le hubiera defendido. Él estaría a gusto en cualquier secundaria menos en ésta.

No quiero saber de ella

—No sé qué voy a hacer, Lulú. Siento que me estoy asfixiando. Quiero mandar todo a la mierda —le dice al teléfono.

Se suponía que este fin de semana Andre acompañaría a su prima Lulú a ver a su hermana Melissa, en Lara, la ciudad en la que ambas vivían con sus padres cuando eran niñas, pero por el pequeño lío en el que se ha metido, su madre, a la que constantemente se le olvida que es un muchacho de dieciocho años con el que tiene que razonar y no retar o imponerse, se lo prohibió empleando la palabra “castigo”, como si hubiese cometido una fechoría y no tuviese suficiente ya con la suspensión escolar.

—Por favor, espera que vuelva para hablar —su prima trata de consolarlo.

—No sé si tengo la suficiente paciencia.

—Sí la tienes. Te veo el domingo, ¿te parece?

—Me saludas a mi Bro...

Gracias a su Bro, Lulú no perdió la oportunidad de ver a su hermana este fin de semana y en este momento la está llevado a Lara. Un detalle más que tendrá que agradecerle a Luciano.

—Que te cuide mucho.

Andre cierra la llamada, le pone más volumen al reproductor que tiene en su cuarto conectado al ipod y por el lado de afuera de la ventana hace una práctica que en mucho tiempo no hacía, camina por los veintidós centímetros de piso que continúan la pared, desde el lado de la calle hasta el balcón de su prima, que está privilegiado con escaleras de emergencia.

*

—¿Tú por qué lloras? —Su hermano Teo la mira desde la puerta de su habitación.

—No estoy llorando —enjuga unas cuantas lágrimas.

—¿Ah, no...?

Su hermano pasa a la habitación y se sienta junto a ella en su cama.

—¿Qué es esto entonces? —Le limpia una lágrima de la mejilla, Kira mira el teléfono que tiene entre las manos, le ha escrito mensajes de disculpa y le ha llamado, pero Andre desvía todo lo que tiene que ver con ella. En uno de sus arrebatos, se abraza al cuello de su hermano y se desahoga—. ¿Pasó algo,

hermanita?

—¿Acaso no viste la exhibición?

—Claro que sí, estuviste genial.

—¿Genial? Mi parte fue boicoteada por un imbécil.

—¿Ese chico Andre? —Su hermano le rodea los hombros—. Él también estuvo genial. John Eyre hace la misma aburrida exhibición todos los años, al menos ésta tuvo a su ardilla más graciosa presente para que fuese diferente.

Kira se separa un poco para mirar a su hermano, ¿qué es lo que está diciendo?

—¿Conoces a Andre?

—¿Quién no conoce a ese chico en ciudad Verano? Además, es muy amigo de Luciano...

Luciano, pensar en los reclamos que su hermano le hizo más temprano sobre el tema también la ponen mal.

—Vamos, hermanita, que sabes que irás a la mejor universidad con el mejor equipo de volley y que no tienes que preocuparte por esa exhibición.

Kira enjuga unas cuántas lágrimas más antes de decir:

—Es solo que...

—¿Hay algo más?

Claro que hay algo más. Desde que hizo lo que hizo, acusar a Andre con John Eyre, Kira no se sentía bien consigo misma, especialmente desde que el dueño de la secundaria le confirmó que el chico sería expulsado de la Eyre inmediatamente. *Expulsado*. Y todo gracias a ella.

—No, no hay nada más —dice intentando ocultar esas emociones que la están matando.

*

—¿Dónde estás? —Le pregunta su prima cuando la ha llamado para notificarle que Luciano ha regresado a ciudad Verano en una pieza. Pero cuando Lulú trata de indagar sobre Kira, ha preferido desviar el tema.

—¿Dónde estoy? En el apartamento, dónde más voy a estar. Estoy *castigado*, ¿recuerdas?

—Andre...

Su prima es muy persuasiva, aunque ha tratado de guardarse en un lugar en el que la brisa que justo ahora está azotando la bahía de ciudad Verano, ha sido imposible que el murmullo no se filtre a través del teléfono.

—Mira, no estoy en casa y lo sabes.

—No te metas en líos.

—Solo salí, un rato, a respirar aire fresco.

—Por favor, no la busques.

—No voy a buscarla. Eso se terminó.

—¿Se terminó?

—No se ha terminado porque nunca ha comenzado, pero...

—Hizo que te suspendieran.

Nunca pensó que su prima pudiera sentir rencor hacia Kira.

—Voy a ignorarla, Lulú. Todo este tiempo has tenido razón. Se comporta así porque está segura de que puede hacer conmigo lo que quiere, pero está equivocada.

—¿Estás seguro?

—Sí, además, Luisa ha estado llamándome y me gusta.

—Entre tantas chicas, Luisa, Andre... Ten cuidado.

—Sí. Ya la veo. Tengo que dejarte.

—Andre...

—No vas a decirme que me reserve para Kira Seri, ¿verdad?

—No, pero, recuerda lo que te dije hace unos días, creo que..., no, estoy segura de que le gustas, y si Kira se enterara de que la has cambiado por su compañera de equipo sería desastroso.

—Que lo sepa, entonces.

—Andre...

—Cuídate, Lulú.

—Andre, por favor...

—Te veo mañana. Le das un abrazo a Melissa.

Cierra la llamada y anda hacia la chica con la que ha pasado la noche. Luisa le sonrío, él toma su rostro entre sus manos y la besa. No se siente igual que cuando ha besado a Kira hace tres noches, pero es una forma de sacársela del cerebro.

—¿Cómo estás?

—Perfecto. Gracias a ti.

Ella le obsequia esa sonrisa que tanto le gusta y que consigue que él sonrío también. Anoche estuvieron juntos, fue algo confuso para Andre, estaban en la casa de Paty con los demás y en algún punto, no recuerda bien cuál, pues había bebido unas cuantas cervezas, estaba encerrado en un cuarto con ella y lo próximo que supo era que ambos estaban desnudos, se sentía dolido por lo que había sucedido con Kira pero le gustaba lo que estaba mirando y lo que estaba pasando, ella tenía más experiencia que él y él, por suerte, tenía un condón que

esperaba no estuviese vencido, era uno de esos que obsequian en la clase de métodos anticonceptivos. Lo último que supo era que al amanecer estaba en una cama que no era la suya, con Luisa tendida junto a él.

Le toma la mano porque es lo que se supone que debería hacer, ¿no?, y empiezan a andar por la bahía, al punto en el que se ha reunido la secundaria para esperar las noticias del fichaje de los chicos de la Eyre. Desde hace una semana se rumora que serán tres los estudiantes a ser firmados por equipos internacionales de fútbol, aunque no se sabe quiénes son ni qué clubes los quieren. Por deducción Andre sabe que su Bro es uno de ellos.

*

Ciudad Verano se vuelve una fiesta de fuegos artificiales y alegría cuando son anunciados los tres chicos fichados, uno por el Bayern München y dos por el Real Madrid.

—¡Bro! —Ahora que su amigo está un poco menos solicitado que hace dos horas, Andre se acerca para felicitarle. Luciano está apoyado en su Jeep, tomando una cerveza, son pocas las veces que Andre le ha visto tomando. Supone que este momento lo amerita.

—Estaba preguntándome dónde estaba mi Bro.

—Ya sabes que siempre castigado.

—Seguro, seguro —los dos ríen.

—¡Felicidades! —Le da un abrazo.

—Gracias. ¿Cómo has estado? —Le pregunta, colocando una mano sobre su hombro. Andre sabe interpretar muy bien a qué “estado” se refiere.

—Mejor que bien.

—Hablé con esa pequeña arpía.

—No era necesario, Bro, todo está bien, voy a estar una semana fuera de la Eyre, será genial.

—No lo dudo, pero no estuvo bien lo que hizo, y por eso, como castigo, para que pase una semana con una fuerte carga de conciencia, le dejé creer que te expulsaron.

—Bro, de verdad, no quiero hacerla sentir ni bien ni mal, simplemente no quiero saber de ella.

—Me alegra saberlo.

—Lo que sí quería era darte las gracias —su amigo frunce el entrecejo—. Sé que tuviste que ver con la última decisión de John Eyre.

—Nada de eso.

—Una llamada telefónica justo en el momento en que no daba su brazo a

torcer ha sido lo que me ha mantenido en la Eyre... —la mirada de Luciano es incómoda—. Ahora que lo pienso, Bro, yo me creía fuera de ese horror de secundaria y tú me has mantenido ahí —dice para restar intensidad al ver que su amigo se ha sentido fuera de lugar. El comentario hace que éste suelte la risa.

—Estoy en deuda contigo —le dice riendo.

—Y una muy grande.

—No podíamos quedarnos sin ti justo el último año.

Andre le pone los ojos en blanco.

—También gracias por lo de Lulú, Bro. En ese punto sí que estoy en deuda contigo.

—Nada de eso —le corta tajante. Andre asiente, ha entendido perfecto que Lulú es un tema espinoso para él—. ¿Cerveza?

—Aunque es tentador, esta noche voy a reservarme.

Luciano frunce el entrecejo. Esto es muy raro.

Andre mira alrededor, están solos, puede hablar con él sin problemas.

—Bro, anoche la he cagado.

Luciano parece impávido.

—Estuve con Luisa —su amigo casi se ahoga con el trago de cerveza.

—Bro... —Luciano echa la lata de cerveza dentro del Jeep y junta su puño con el de Andre—. ¡Qué forma de vengarte de la arpía de mi hermana!

Para Luciano este es el asunto más divertido, para Andre tiene otro significado, no quiere escuchar el nombre de su chica, porque aun cuando ha actuado erróneamente con él sigue siendo suya, la que no puede bloquear de su cerebro, pero lo que hizo con Luisa, aunque le gustó, podría complicar su situación.

—Bro, yo le gusto.

—Bien... —Luciano le felicita.

—Le gusto más de la cuenta. No quiero que se confunda, me entiendes.

—Claro, claro... ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. No quiero terminar metido en una relación con una chica con la que me acosté por despecho.

Luciano asiente comprendiendo lo que su amigo quiere decirle.

—Trata de atenuarlo. O, quién sabe —sutilmente Luciano señala un recuadro de la bahía, donde una chica alta del pelo liso y oscuro, se acerca sonriendo—, y empieza a gustarte más que mi hermana.

Andre sigue la dirección de la mirada de su amigo, Luisa le gusta, pero no

es Kira.

—Andre, ¿vienes?

—Bro, te veo luego.

Luciano le despide con la señal del pulgar arriba. Andre solo se deja llevar por la oportunidad que se le ha presentado una vez más.

Confesión

—Tienes que dejar que venga conmigo. Necesita desintoxicarse de este ambiente. Necesitas desintoxicarte tú también, será bueno para los dos, tía Gisselle. Confía en mí.

Su prima mayor, Melissa, siempre ha tenido una especie de poder especial para hacer razonar a las personas, en especial a su tía, su madurez ha sido constantemente ensalzada y admirada por ella; por esto, cuando le ha propuesto la idea de llevarse a Andre durante la semana de suspensión, al principio no le ha parecido lo más conveniente con el castigo impuesto, que resume en no salir del apartamento durante la semana, pero luego de presentarle las ventajas del viaje, que Andresito no estaría en Lara ocioso sino trabajando con su sobrina, *sin paga*, se lo piensa un poco más; tal vez, con esta experiencia, el chico aprenda a ser responsable.

—No lo sé, no lo sé, Melissita, no lo sé.

—Vamos, tía, Andre lo necesita —Lulú contribuye con la causa de su hermana y su primo, al que el plan le ha parecido refrescante. Hace un par de horas que Melissa se presentó en el apartamento para traer a su hermana con esta idea entre las manos—. ¿Qué va a hacer aquí si no puede presentarse en la Eyre?

—¿Tú quieres ir? —Parece un paso importante que por una vez a Miss G. le importe la opinión de su hijo.

—Tú qué crees.

Ella suspira y se lo piensa unos breves segundos antes de dar una respuesta.

—Será, Melissita, será.

Andre mira a su prima mayor agradecido por servir de mediadora con su madre. Su prima le sonrío; desde que lo supo le pareció injusta la sanción que la secundaria le aplicó al chico.

—Te voy a extrañar —al abrazarle por la espalda, Lulú le hace sonreír.

—Y yo a ti, hermanita.

—Yo también voy a extrañarte, hijito —su madre coloca una mano en su mejilla—. Ese John Eyre es un imbécil.

Andre se impresiona ligeramente por lo que ha escuchado de su madre, pero prefiere actuar impasible.

—Listo, mamá. Ya no hablemos más de ese asunto.

—Me gusta tanto como se escucha —dice luego de un suspiro.

—Sí, bueno, no te acostumbres... —Andre está por decirle Miss G., pero prefiere no romper la magia.

—Bueno, qué tal si preparas tu equipaje, en media hora salimos... —Andre nunca se ha sentido tan inclinado por seguir las normas y poner distancia entre ciudad Verano y él—. Y ya sabes que tú conduces, primito.

*

Kira pasa un lunes horrible, en la Eyre la gente se ha reído de ella y la ha señalado, por su culpa Andre Ortiz ha sido expulsado de la secundaria. Pero el bullying no ha sido lo que la ha herido, Kira nunca pensó que no verlo en las clases que compartían o en los pasillos, durante los descansos, sería tan raro y nostálgico. Jamás se imaginó que le echaría de menos y que se sentiría tan sola.

—Necesito que vayas a ver a Lucía —le solicita su hermano cuando, por la noche, ha vuelto de las prácticas de fútbol. Lucía tampoco se ha presentado en la Eyre, uno de sus objetivos del día ha sido explicarse con ella, aunque sus hechos no tuvieran contundencia, ocasionó la expulsión de uno de los alumnos más queridos por su definitiva falta de sensibilidad y humildad.

—¿Pasa algo?

—Solo necesito que verifiques cómo está, pero hazlo sin que ella sepa que te he enviado —Kira asiente. En otro momento se habría aprovechado de la circunstancia y molestado a su hermano con este problema hasta aburrirse, pero lo sucedido el viernes en la Eyre le ha hecho enfocarse en las verdaderas emociones.

—Me alegra que la quieras —pone una mano en su hombro, dispuesta a cumplir con lo solicitado.

*

Los nervios la van destrozando en el trayecto al apartamento de los Ortiz. Kira se ha arreglado, ha escogido unos jeans desgastados, una de sus camisetas favoritas y sandalias sin tacón, no ha preferido los leggins ni cualquiera de sus tops ni sus Converse, es tiempo de producir un cambio en ella, así sea pequeño, lo interesante es que se siente cómoda con lo que lleva puesto. Lo que la pone incómoda es el encuentro que está a punto de tener en una casa en la que ha hecho tanto daño. ¿Qué le dirá a Andre cuando lo vea?

—¿Tú?

No es él quien la recibe.

—Buenas noches, Miss G.

—No veo qué tienen de buenas.

Kira acepta el reproche. Tiene razón, ella misma no se recibiría en su casa después de todo lo que ha hecho.

—¿Podría ver a su sobrina? Me ha enviado Luciano —a pesar de que su hermano le ha pedido discreción, Kira introduce esta excusa debido a la poca disposición para recibirla en su hogar que ha demostrado la profesora de Inglés de la Eyre.

—Lucianito..., ¿por qué no vino él mismo?

—Está... Está ocupado.

Miss G. suspira profundamente.

—Pasa, niña —le dice al quedarse sin alternativas, cierra la puerta del apartamento y empieza a andar con la intención de que Kira le siga.

—Miss G... —la profesora se detiene y se vuelve para mirarla.

—Sinto mucho lo que pasó.

—Mira, niña, mejor no lo sientas tanto y vamos a ver a Lulú de una buena vez, que es para lo que has venido.

Kira baja la mirada.

—Como usted diga.

Kira cruza el apartamento admirada de lo organizado y acogedor que es, como si fuese una casita de muñecas, le ha dado la sensación de estar en el apartamento de Meg Ryan en *Sleepless in Seattle*, una de las pocas películas románticas que ha visto en su breve vida. Miss G. se detiene frente a la que supone es la habitación de su amiga, y la anuncia, aunque con escasa alegría.

—Hola, Lucía.

—Kira... —su amiga se incorpora en la cama. Apenas mirarla, Kira nota que luce muy enferma—. Qué raro, tú por aquí —la chica baja la mirada y toma asiento en una esquina de la cama de Lucía.

—Merezco todo tu rencor, Lucía.

—¿Tú crees?

La muchacha mantiene la mirada gacha por uno segundos.

—¿Está aquí? —Necesita saberlo, correría hasta él y le pediría perdón de rodillas.

—No te preocupes, no le verás. No está en ciudad Verano.

¿No está en ciudad Verano?

—¿Dónde está?

—Se fue a Lara.

—¿A Lara?

—Ajá.

Su amiga no tiene compasión de su corazón, pero es consciente de que se lo tiene merecido.

—¿Qué hace ahí?

—Trabajar.

—¿Trabajar?

¿Es que no va a matricularse en otra secundaria?

—¿Desde cuándo trabaja? ¿Va a volver?

—No lo sé...

Todas las respuestas de Lucía son cortantes. Kira empieza a temer que no ha sido buena idea venir a meterse en zona de conflicto para congraciarse con su hermano, pero le debe una explicación a su mejor amiga, de todas las personas que la rodean, su opinión es la que más le importa.

—Lucía siento mucho que le hayan expulsado. No pensé que...

—No le han expulsado —esta revelación hace que se sienta todavía más confundida—. Le suspendieron. Por una semana. Gracias a ti.

¿Suspendido? ¿Andre solo está suspendido?

No ha querido demostrarlo pero Kira ha sentido un alivio profundo, tiene unos deseos locos de reír, de saltar e incluso de bailar —y ella no baila—. Ahora solo resta ganarse su perdón.

—Lo siento mucho. Solo me quejé de él porque me hizo perder la rutina y porque...

—¿Por qué?

Tiene que decirlo. Necesita explicarse, proporcionar su razón para el erróneo comportamiento de ese día.

—¿Porque estaba coqueteando con Luisa! —Ahí, eso era lo que en resumen había pasado con Kira—. Me puse furiosa.

—Entonces sí te gusta Andre.

—Pensé que te habías dado cuenta.

—Me di cuenta, pero siempre es mejor confirmarlo.

¿Confirmarlo? Kira le ha dado muestras, no solo a Lucía, pero a su primo, de lo mucho que le gusta. De esto su incomprensión; ¿cómo un chico que ha estado tanto tiempo detrás de ella, a la primera de cambio ha preferido a otra?

—Él también lo sabe y aún así coqueteó con ésa.

—¿Él lo sabe? ¿Se lo dijiste?

—Fui yo quien le besó aquella noche en mi cocina...

Kira lo recordaba perfectamente, mientras más lógica le buscaba, menos entendía lo que la movió aquella noche, pero saber que le gustaba a Andre, y que le tenía ahí, delante de ella, tan cerca, era una tentación demasiado fuerte y tenía que intentarlo; se puso de puntillas y le besó.

El sabor a cerveza en la lengua de Andre no la molestó, le gustó la textura de sus labios y la delicadeza con la que estaba besándola, invadiéndola con su lengua, conociendo su cuerpo con sus manos por encima de la escasa tela que la cubría. Kira no intentó separarse, sin embargo él sí demostró un poco de sensatez, de la que ella no fue capaz, y la apartó, huyendo inmediatamente de su cocina.

—Las dos veces que ha sucedido, he sido yo la que ha iniciado el beso, la que no ha podido resistirse. ¿No es eso suficiente?

Su amiga la mira como si estuviera contándole que fue abducida por seres de otro mundo.

—Pero...

—Pero no podía permitir que interfiriera con mi deporte, Lucía. El volleyball lo es todo para mí...

Nota que su amiga la mira como si estuviese en shock.

—Siempre tengo que esforzarme para conseguir mi mejor rendimiento. En este sentido soy muy diferente a mi hermano, mientras Luciano puede hacer una jugada instintivamente, a mí mi entrenador tiene que plantearme las estrategias que voy a aplicar.

Kira continúa la explicación de sus sentimientos hasta que en un punto lo confiesa.

—Espera..., ¿has dicho que estás enamorada de Andre?

Sí, en este punto a Kira no le quedan dudas de sus sentimientos. Estaba enamorada de Andre hace dos semanas y está enamorada de Andre ahora.

—No puedo creerlo. Andre se va a poner... —Kira niega con la cabeza.

—He intentado contactarlo pero desvía todas mis llamadas.

—¿Le culpas?

Relamente no.

—No, no es para menos.

—Vuelve el domingo —Kira levanta la mirada hacia su amiga—. Sé sincera con él.

¿Sincera con él? ¿Es que ella es la que debe declararse?

—Lulucita... —Miss G. entra nuevamente en la habitación.

—Te he traído un bocadillo, cielo —Miss G. coloca un emparedado en la

mesita de noche—. No has comido en todo el día.

—Gracias, tía.

—No te he dicho que para el baile de invierno los he incluido a Andresito y a ti en la cabina de besos.

Escuchar el nombre de su chico hace que las alertas de Kira se activen, pero no se atreve a mirar a la madre de Andre, especialmente cuando no ha recibido su disculpa.

—Disculpa, *¿qué?* —A Lucía no le ha agradado la noticia, pero Kira ha descubierto el modo de obtener esa disculpa que tanto le importa. Levanta el brazo como si estuviera por defender su punto de la clase de Debate.

—Si Lucía no quiere participar en la actividad, ¿podría sustituirla?

Kira nota que Miss G. la mira con alarma y desconfianza.

—Sí, tía, ¿podría Kira reemplazarme?

Ahora mira a su sobrina como si fuera a echarla de su casa.

—Me parece mejor que las dos participen. Ganaremos más.

—Gracias —le dice Kira, esperando con esto poder recuperar la confianza de la madre del chico que le gusta.

—Pero niña..., si estás hirviendo —le dice a su sobrina luego de tocarle la frente.

Mientras Miss G. sale de la habitación por un analgésico para su sobrina, Kira se acerca a su amiga.

—Tienes fiebre, Lucía.

—Estoy bien —replica.

Si Kira es vanidosa, Lucía es obstinada.

—Solo espero que el idiota de mi hermano no tenga que ver con esto.

Kira se pregunta qué ha pasado entre ambos, pero prefiere respetar su privacidad y quedarse con la duda.

—Ya debo irme.

—Gracias por venir, Kira.

—Gracias por escucharme.

—Gracias por tu confianza.

—Eres mi única amiga, Lucía.

—Lo sé.

Cuando vuelve a casa, luego de reportar a su hermano el estado en el que ha encontrado a Lucía, hace un nuevo intento por comunicarse con Andre. Su llamada va directo al buzón de voz. Lo piensa, pero no puede hacerlo, es demasiado orgullosa para dejarle un mensaje de disculpas.

*

Esta va a ser una de esas semanas en las que todos querrán una porción de él y él tendrá que hacerse el bromista al que sus amigos están acostumbrados, pero todavía está frente a su casillero, sin preparar el repertorio, ambientándose nuevamente a la Eyre, y sin querer tropezar con nadie, cuando la primera persona le encuentra.

—Andre...

Se vuelve. Sabe bien quién es.

—Luisa... —lleva puesta una falda corta, un blusón y unas botas que le cubren las piernas hasta las rodillas. Le gusta, y ella lo sabe, pero en este momento prefiere seguir distante, todavía se siente con ganas de mandar a todo el mundo a la mierda.

—Te fuiste sin despedirte.

—Sí, lo siento.

—Pensé que eras distinto.

Andre se pasa la mano por el pelo sin saber qué decir o hacer. Realmente la mierda es él, jugando con los sentimientos de esta chica.

—Me abandonaste —le reprocha.

—Tenía que irme, Luisa.

—Pudiste al menos contestar mis llamadas y responder mis mensajes.

No podía, todos eran mensajes llorones sobre por qué le afectaba tanto lo que pasaba con Kira Seri.

—No quiero saber más de ti.

Pero Luisa Bernard no es la única que ha estado aguardando para hablar con él. Kira Seri se presenta delante, mirándole intensamente, Andre juraría que con lágrimas en los ojos. Durante su estadía en Lara, aunque él prefería evitar el tema, su prima le confirmó lo que él tanto quería que fuese realidad, el beso de aquella noche en su cocina había sucedido, pero la negación del mismo por parte de la chica era una nueva mancha en la relación de ambos. Andre le devuelve una mirada fría, cierra el casillero y se larga a su clase de Álgebra.

Primer beso

—Entre todas las ideas en las que nos has involucrado a Lulú y a mí, no hay una peor que ésta, Miss G.

Ha vuelto a llamar a su madre de esa forma impersonal, pero ya no usa el término a menudo ni lo dice empleando un tono agrio, Andre nunca olvidará cómo su madre se humillaba para mediar con John Eyre, el día de la exhibición, y todo por su culpa; desde entonces se ha prometido no incurrir en nuevas faltas que la avergüencen.

—Tú no digas nada, que le conseguí un espacio a esa muchachita que te gusta.

¿De qué está hablando?

—¿Kira, va a estar en la cabina? —Se arriesga a preguntar.

—Después de Nikita, cielo.

Andre sabe que su prima le está mirando pero él prefiere evitarla.

—¿Estás bromeando?

—Claro que no.

—Mamá...

—Cielo, ella insistió —Andre frunce el entrecejo, eso es muy impropio de Kira. ¿A qué está jugando?

—Tú también termina de ponerte guapo, primito —le dice Melissa, que no ha querido perderse de nada, no hay un espectáculo mejor que ver hacer el ridículo a su hermana y su primo en una cabina de besos.

Contrariado, Andre se levanta de la silla y se va a su cuarto para terminar de arreglarse, su teléfono móvil sobre la mesa de noche es una tentación importante como para dejarla pasar.

¿Estarás en la cabina de besos?

Si bien no suele ponerse vestidos ni faldas ni escotes, sabe muy bien lo que está de moda y cómo se lleva cada uno de esos atuendos en su armario. Esta es Kira, tratando de arreglarse lo mejor que puede cuando escucha una notificación en su teléfono. Sonríe al leer el remitente. Ha recibido dos mensajes de Andre.

¿Qué estás tratando de hacer?

Nerviosa, Kira responde:

Es mi modo de disculparme con tu mamá, ya que no permites que me disculpe contigo.

Por un momento Andre se conmueve y cree que va a flaquear, las palabras de Kira parecen sinceras. Mira el teléfono pensando en lo que va a responderle, con la intención de que le presente esa disculpa que se tiene reservada, pero en el último segundo prefiere mantenerse con la guardia alta y conservar la distancia con ella.

Resérvate tu disculpa.

Kira se aflige al leer este último mensaje, pero sabe que se lo merece. Durante toda la semana le ha seguido, manteniendo la distancia, buscando el momento para tener una reunión a solas con él, ya que, igual que a Luisa —no se le olvidaría nunca esa conversación rara que tuvieron los dos junto a su *locker*—, a ella tampoco le respondía las llamadas ni los mensajes, pero Andre conseguía esquivarla todas las veces.

—¿Estás lista, hermanita?

Si en casa no hubiese abierto su bocota con eso de que esta noche participaría en la cabina de besos, ahora mismo estaría quitándose el disfraz que se ha puesto.

—En un minuto, Luciano.

Su hermano le sonrío.

—Si no te perdona esta noche, es porque Bro es un insensible.

Kira le sonrío, este hermano suyo no es precisamente de los que se anda con lisonjas.

—Luces muy bonita.

—Gracias.

*

La sesión de besos empieza con Verónica, una de las animadoras más populares, que tiene una fila extensa de chicos de primero y segundo año que han pagado hasta cinco veces para besarla, algunos incluso se han pasado de los diez segundos reglamentarios. La segunda es Kira.

Cuando Andre la ha visto más temprano casi pierde el aliento, lleva puesto un vestido blanco que le queda ceñido a ese cuerpo que lo enferma, resaltando cada una de sus preciosas curvas, se ha alisado los rulos, puesto sandalias de tacón y colocado maquillaje, no que ella necesite nada de eso para lucir preciosa, pero se ha impresionado al punto de sentir que la ha embarrado cuando más temprano le ha dicho, todavía sintiendo rencor por todos los

desprecios recibidos de ella, que se reservara sus disculpas.

—¡Oh, no...! Me gustaba más la anterior —se queja uno de los chicos de segundo que esperaba besar a Verónica en lugar de Kira.

—Hey, amiguito, aprecia la suerte que tienes —le amonesta Andre, que espera junto a su prima el turno para pasar, cada uno en su turno, a la cabina de besos.

A Kira no le es indiferente el mensaje que Andre le ha dado al chiquillo, que pasa intimidado a acomodarse delante de la capitana del volley para besarla. Justo en este momento, cuando este desconocido, de trece o catorce años, pega sus labios a los de ella, Kira se arrepiente de que fuera ésta su idea de disculparse con la mamá de Andre por las ofensas a su hijo. Kira cierra los ojos cual sacrificio.

Para tranquilidad de la muchacha, solo pasan tres chicos más con ella, la mayoría está esperando que sea el turno de Becca, la capitana del squad de animadoras, pero todavía restan tres minutos para que se termine su tiempo y en cualquier momento podría presentarse algún chico que se conforme con sus labios. Y ese chico es justamente el que ella hubiera querido que pagase todos sus minutos.

—¿Qué haces? —Le pregunta sonriendo, después de recibir no sabe cuántos besos.

—Lulú me lo ha contado —Kira mira hacia donde está su amiga esperando que sea su turno. Lucía le sonrío encogiendo un hombro, Kira le sonrío también, por siempre tendrá una deuda con ella—. No quiero que pienses que no tengo iniciativa para besarte. Si no lo hice antes fue por respeto.

Por primera vez Kira reconoce que lo ha juzgado erróneamente, considerándolo un vagabundo cuando siempre ha sido un caballero, un muchacho amable, considerado y de buenos modales, mientras ella ha sido una vanidosa que raya en la grosería. Sin pensárselo un segundo se abalanza sobre él para demostrarle todo lo que le importa, un festín de besos que ponen fin a sus cinco minutos y dan inicio a los de él. Hay alrededor de siete niñas esperando, pero Kira le toma la mano a Andre y les dice:

—Lo siento, chicas, pero me lo llevo. Pagaré lo que cueste.

Los dos salen de la cabina tomados de la mano y continúan besándose y corriendo y besándose otra vez, hasta que salen del gimnasio, donde se celebra el *Winter ball*, para dirigirse a la privacidad del campo de fútbol. Ahí toman asiento en las gradas.

—Perdóname —le dice ella en uno de los intervalos de descanso entre un

beso y otro—, he sido obstinada y ciega y lo que te hice fue bochornoso.

—Key... —él hace un intento por interrumpirla.

—Necesito que sepas que me he sentido muy mal desde entonces y que estés seguro de que siempre me has importado, pero he escogido ignorar mis sentimientos —le acaricia el pelo y luego le abraza—, si te he tratado de una forma tan horrible —le dice al oído, todavía abrazada a él— es porque pensaba que así podía mantenerte alejado.

—Key...

—Permíteme terminar —ella coloca sus dedos sobre los labios de él—. Esa noche en mi cocina algo me pasó. No soy de las que besan chicos al azar, pero tampoco soy de las que esperan, prefiero hacer que las cosas sucedan, y veía que aun cuando lo deseabas no ibas a hacerlo, por intimidación, estoy segura; por eso, en un arrebato, una necesidad ilógica en ese momento para mí, fui por ti. Lamento haberlo negado y jugado así con tu mente.

—Y yo lamento haber estado borracho y no poder recordarlo apropiadamente.

Kira baja la mirada.

—He renunciado a la bebida.

Ella vuelve a mirarlo.

—Quiero ser una buena persona para ti, Kira..., si me lo permites.

Kira toma su rostro entre sus manos, lo atrae hacia ella y le besa con ternura.

—Ya eres una buena persona, Andre.

—Necesito ser digno de ti.

—No digas eso...

Es ella la que no se siente digna de un muchacho de buenos sentimientos, sin malicia, como él, con todo lo egoísta y vanidosa que ha sido alrededor suyo.

—Mi impedimento para dejarme llevar por estas emociones que tengo por ti desde hace tiempo ha sido siempre mi deporte. No puedo distraerme.

—Te prometo que no voy a distraerte.

—Andre, siempre estoy distraída, no hago otra cosa que pensar en ti.

Para no ser descarado, Andre suprime la sonrisa que es consecuencia de la gloria que le ha hecho sentir con sus palabras.

—En mi mente, he recreado nuestro primer beso cientos de veces.

—Es una pena que yo no pueda recordarlo.

Kira se levanta y extiende un brazo invitándolo a levantarse también. Andre toma su mano y se coloca justo delante de ella.

—Fue algo más o menos así —Kira se coloca un poco más cerca de él, le aparta un mechón de pelo de la cara y acomoda sus labios sobre los suyos. Andre detecta esa textura y sabor que lo vuelven loco. Kira coloca las manos de él en su cintura, y en medio del beso siente que él sonríe.

—Esta parte la recuerdo bien.

—Qué buena memoria...

Andre profundiza el beso como aquella noche y de pronto lo recuerda todo, cada movimiento, cada caricia de su lengua con la de ella, cada emoción que aquel beso y ahora éste le hacen sentir.

—Nunca voy a ser un obstáculo en tu vida, Key —le dice luego de unos minutos—, solo quiero que me permitas quererte.

—Y yo no quiero que renuncies a nada por mí, te acepto tal y como eres, con tus virtudes y tus faltas.

—Gracias, pero por ti, voy a ser la mejor versión de mí que pueda ser.

Kira le sonríe.

—¿Me perdonas todo lo horrible que he sido contigo?

—Solo si prometes que mañana no tendrás amnesia y vas a venir conmigo, *de buenas maneras*, cuando pase por ti para invitarte a salir.

Kira le sonríe, entiende bien a qué se refiere, siempre que se ha puesto cariñosa con él, al día siguiente trata de borrar e ignorar el momento con su indiferencia.

—Lo prometo.

Andre se inclina y la besa nuevamente.

—Hace una bonita noche, ¿qué tan comprometida estás con ese baile? — con un movimiento de cabeza señala lo que sucede lejos, en el gimnasio.

—Mi compromiso ha consistido en arreglar las cosas contigo, si se podía, y conseguir el perdón de tu mamá.

—Pues Miss G. está más que complacida con tu participación en la cabina de besos, así que yo diría que has conseguido su perdón...

—Deberías llamarla mamá.

Él asiente y medio sonríe.

—¿Y contigo?

—Conmigo, pues..., ¿qué te parece si nos escapamos y te cuento si hemos arreglado lo nuestro?

Kira le sonríe, la perspectiva de ese “lo nuestro” le ha puesto lo que ya admite son mariposas en su estómago, le toma la mano y entre besos y caricias salen del estadio de fútbol y de la secundaria Eyre en una noche perfecta.

No les importa el destino que tendrán esta noche sino que están juntos y que individualmente cada uno espera ser la mejor versión de sí mismo que hará sentir orgullo a la persona que le acompaña.

Tres semanas después

Es domingo por la noche y Andre está en la heladería Seri con su prima, Luciano y su novia Kira, están sentados en una de las mesas de la terraza, comiendo helados, riendo y disfrutando de la compañía y los últimos días del año, cuando recibe un mensaje de texto en su teléfono.

Me ha parecido importante informarte que tengo dos semanas de retraso.

Andre repasa el mensaje y su remitente cuatro o cinco veces, esperando que sea una broma de Luisa Bernard.

*No juegues con ese tipo de cosas.
Ya quisiera estar jugando.*

—¿Pasa algo, Bro?

Andre mira a Luciano y luego a su prima, que están frente a él, Lulú frunce el entrecejo, comprendiendo claramente que algo está pasando, pero no le hace ninguna pregunta.

—¿Qué sucede, mi amor? —Indaga Kira, que está a su lado. Andre niega con la cabeza, la besa en la frente y con un corazón inquieto le sonrío.

—Nada, solo un número equivocado.



Para los autores autopublicados es muy importante tu opinión, valora y comenta *Andre y Kira* en [Goodreads](#) y [Amazon](#).

Si quieres contactarme, éstas son mis redes sociales, mi correo y mis blogs:

Twitter: [@ficciofemenina](#)

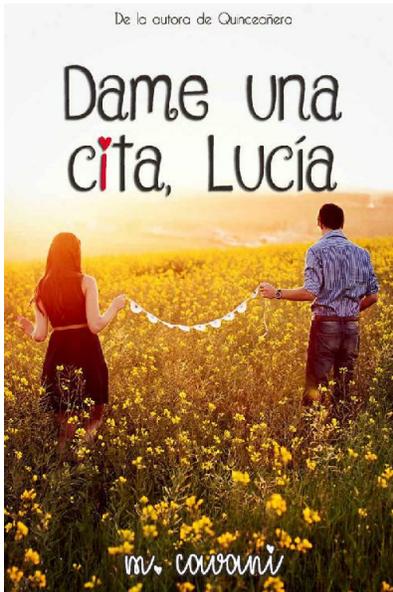
Instagram: [@ficciofemenina](#)

Contacto: ficciofemenina@gmail.com

Ficción Femenina www.ficciofemenina.blogspot.com

Bonus: Dame una cita, Lucía

Conoce la historia de la que se desprendió *Andre y Kira* leyendo este fragmento Gratis



Anotación

Es una verdad universalmente reconocida que los chicos que ingresan a la secundaria Eyre aspiran ser fichados por algún club internacional de fútbol. Está tan fundada esta verdad en la mente de sus estudiantes que se tiene como una certeza indiscutible que el día después de la exhibición será anunciada la próxima sensación del balompié.

Por lógica, un chico como él no iba a ser la excepción a la regla.

Dinámica

—Todos divirtiéndose, excepto tú.

Al escuchar su voz dejo de teclear en el teléfono, sé que ésta no es una interrupción al azar y que debo estar preparada, mi hermana tendrá que

esperar un momento más por mi respuesta pues el chico que me está hablando es el único sujeto de esta escuela y toda ciudad Verano con el que tengo que mantenerme con la guardia alta; él siente una mórbida inclinación por jugar con mi paciencia.

—¿Dónde dejaste el estéreo? —Sé exactamente de qué ha venido disfrazado, a mí me gusta mucho esa película. Se ha puesto gelatina en el pelo y trae una camiseta blanca debajo de un sobretodo caqui, pantalones negros y *sneakers* tipo bota. Hoy todos han venido disfrazados por ser la fiesta de Halloween de la secundaria Eyre.

—¿Tú dónde dejaste la escoba?

Hago una mueca por respuesta de la que se ríe, lo cual me resulta intolerable pues tiene una de esas odiosas sonrisas de dientes extremadamente blancos y perfectamente alineados. Es insoportable mirarlo.

—¿Qué quieres? —Guardo el teléfono en el bolsillo trasero de mi pantalón al levantarme del asiento. Ahí sigue vibrando, Melissa, mi hermana, no deja de escribirme cosas.

Aunque no podría acusarlo de intimidador, Luciano, este personaje que tengo delante, el chico consentido de la secundaria Eyre, capitán del equipo de fútbol, hermano de una de mis amigas e hijo del dueño de la heladería para la que trabajo seis noches a la semana, es el idiota que, por desgracia, tengo en cada una de mis clases desde el año pasado cuando fue aceptado en esta secundaria gracias a sus habilidades deportivas. Uno más, estoy segura, que sueña con fichar con el Real Madrid. Pero el asunto no es ése sino éste: ¿de qué sirve tener un sistema de educación rotativo si coincides con el mismo insoportable personaje en todas tus clases?

—Me preguntaba por qué cambiaste de turno en la heladería si no te veo en la fiesta. ¿Que mi padre no te paga suficiente? —Examina un paquete de galletas de calabaza con gotas de chocolate de mi pequeño stand.

—El cambio de turno, *que sepa*, es algo que está permitido. Además, no te debo explicaciones.

Es así, no le debo nada, mi empleador es su padre, no él, y si he cambiado de turno en la heladería y solicitado permiso a la escuela para vender mis dulces es porque en una noche como ésta ganaría lo que en una semana en la tienda de los Seri, solo que en lugar de los cientos de chicos que están hoy reunidos aquí, mis principales clientas han sido la señorita Le Blanc, de Francés, y la señora Castillo, de Oratoria.

—Soy empleada de tu padre, no tuya, así que te agradezco dejes de andar

metiendo tus narices en un asunto que no te compete —le quito de las manos el paquete de galletas que ha estado examinando sólo por molestar (lo sé) y lo devuelvo a la cesta de galletas que aspiro vender esta noche para ir sumando cifras a mis ahorros.

—Si éstas son tus técnicas de vendedora, Santa Lucía...

Ahí está, ese nombrecito otra vez.

—Vas a terminar yéndote a la quiebra —toma un cupcake de chocolate para examinarlo también.

—Es *Lucía* —puntualizo—. No puedo creer que incluso en mis horas libres tenga que soportar tus provocaciones —ese absurdo sobrenombre que me puso desde que me conoció.

—¿Horas libres?, si te veo trabajando.

—Trabajo porque no soy una riquilla como tú.

Me mira como si estuviese pasándome de la raya.

—Quiero uno de estos, *Lucía*...

—Tómalo y lárgate.

Se ríe arqueando las cejas, burlándose como es su costumbre, pero deja el cupcake sobre el mostrador. Por un momento pienso que va a largarse, pero no, se pone a hurgar en su billetera. Es un grandísimo obstinado.

—No te estoy cobrando —alargo una mano para detener la búsqueda de billetes, tomo el *cupcake* del mostrador y se lo aplasto sobre el pecho (casi). Quiero que se largue de una vez, pero no se mueve, por el contrario me mira sorprendido aunque se queda con el *cupcake* en la mano. No le he dañado la camisa con el topping de chocolate. Desafortunadamente.

—Mejor vuelve a tus actividades de capitán del equipo de fútbol —no pienso venderle nada al hijo de mi jefe.

—Mis actividades de capitán del equipo de fútbol. ¿Cuáles son ésas? —Frunce el entrecejo—. ¿Han planeado un juego esta noche del que no estoy enterado?

Suspiro profundamente.

—Tus actividades, ya sabes... —levanto el brazo para señalar el gimnasio de la escuela, donde se está celebrando la fiesta y la mayoría de sus amigos, y mis amigos, están bailando y divirtiéndose, justo como él ha estado divirtiéndose antes de que se acercara a importunarme.

—¿Te refieres a bailar?

Bailar entre otras cosas como pavonearse delante de las chicas y soltar carcajadas burlonas con sus amigotes del equipo de fútbol.

—¿Quieres bailar, Santa Lucía?, ¿es eso?

Ahí está esa sonrisa endemoniada. Cínica.

—No, no quiero bailar.

—Entonces —se mete dentro de mi campo visual que justo he cambiado al desviar la mirada—, ¿cuáles son esas actividades, si me las pudieras explicar?

—Mira, Luciano —salgo de detrás de mi stand para obligarle a que vuelva a la pista de baile o donde sea que él quiera estar menos aquí—, regresa a la fiesta y deja de importunarme, ¿sí?

—Ah, estoy importunándote... —repone con expresión ofendida.

—Lo sabes. ¡Largo! —Intento empujarlo para echarlo de aquí pero su cuerpo está tan pesado que no puedo moverle—. Mira, estoy ocupada, tratando de hacer algo en mi teléfono —*como hablar con mi hermana*—. No estoy para tus planes macabros.

—¿Algo en tu teléfono? ¿Como qué? ¿Escribirle a un novio que te buscaste en internet porque no puedes conquistar uno real?

Dejo de empujarle.

—Te pasaste de la raya —él trata de morder mi dedo acusador—. ¡Vete!

Me siento muy ofendida.

—Está bien, está bien... —deja el cupcake sobre el mostrador y levanta los brazos en señal de paz—, no es un novio cibernauta lo que tienes en el teléfono. Esos ojos... —se los he puesto en blanco—. Pero si estás buscando uno de carne y hueso —se inclina hacia mí colocando ambas manos sobre el tope del stand dejándome acorralada. Él cree que puede intimidarme pero nunca se lo permito—, solo tienes que pedirlo, Santa Lucía, y darme una cita. Anda, vamos al parque —me da un guiño acompañado por su sello de sonrisa cínica.

—De verdad, Luciano, ¿cómo hiciste para que una canción que me parecía tierna, bonita, sobre la que he guardado un especial recuerdo por ser la favorita de mis padres, sea en estos momentos más odiada que cualquier canción pop de *bubblegum*?

Su risa pedante se borra y poco a poco se yergue permitiéndome respirar y dejándome libre.

—Has lo que quieras, quédate, vete, come todos los dulces que se te antojen. Ya no discutiré contigo —me aparto y comienzo el regreso a mi lugar, detrás del stand, completamente vencida.

—No sabía que la canción te recordara a tus padres —me detengo a mitad

de camino.

—Y con tu estupidez la has matado.

—Lo siento, no pensé que...

—Nunca piensas —le interrumpo—, la vida es una entera fiesta para ti: tienes a tus padres, un negocio familiar próspero y definitivamente no dependes de tu tía, que a su vez depende de un salario de profesora de secundaria para matenerse ella misma y a dos chicos.

Él parece pensativo e incómodo, lo cual me incomoda también porque no estoy acostumbrada a verlo fuera de su zona de confort. Sé que él no es responsable de mi situación y que probablemente he sido injusta con lo que le he dicho, pero me ha tocado la fibra. Cualquiera que fuese su defensa no compensa la pérdida de mis padres o mi condición de ser una carga para la persona que más quieres después de tu hermana. Pero él no ha podido deducir nada de esto, ni siquiera que la canción con la que tanto me molesta tuviera algún nexo con mis queridos padres.

—Lo siento, yo...

—No, tienes razón —me interrumpe.

—No, no la tengo, tú no tienes responsabilidad de...

—No intentes disculparte, Lucía, tienes razón, la vida no sucede siempre como la planificas. Mis problemas son risibles en comparación con los tuyos.

—No sabía que tuvieras problemas.

—No sabes nada de mí.

—Te conozco... —*siquiera un poco*.

El ligero amago de una sonrisa triste me habla de circunstancias complejas que no están disponibles a mi entendimiento. Le tomo la mano en un arrebato.

—No debí descargar en ti los reproches que le tengo a la vida —levanto la mirada y observo que la suya está fruncida y detenida en el contacto de nuestras manos. Le libero para evitar un malentendido—. Tú solo estabas bromeando, no podías saber que...

—No, ese pequeño detalle no —me mira directo a los ojos, con esa profundidad que suele abrigarme—, aunque...

—¿Qué? —Le sostengo la mirada, que es dulce como el color de sus ojos y en este momento parece estar contando la verdad.

—No puedo evitarlo, Lucía. No quiero ser irrespetuoso, pero esa canción ha tomado tu forma...

Debería estar enfadada y exigirle, después de todo lo que le he dicho, que no vuelva a pronunciar delante de mí esa letra, pero entiendo su posición, esa

canción, “Santa Lucía”, ya forma parte de nuestra relación. No le pongo nuevas objeciones. Me quedo callada, esperando que mi silencio sea interpretado como una autorización para que se refiera a mí como más le gusta.

—Me gusta tu disfraz —alarga la mano para acariciar mi peluca—. No es precisamente de bruja —añade sonriendo con esa sorna tan característica—, pero funciona para ti.

—De bruja vengo siempre —prefiero mantener de mi lado este juego entre nosotros.

—Tu estado natural...

—Te crees muy simpático. No vengo disfrazada —le miento.

—Sí que vienes.

—¿Tú qué sabes...?

—También he reconocido tu personaje.

Claro que no, ninguno de los chicos que se ha acercado a saludarme al stand lo ha reconocido y a Becca, mi mejor amiga, he tenido que explicarle de qué se trata; es tan sencillo que no es fácil de determinar a menos que seas un auténtico fanático de las series de los años noventas, o de ésta en específico, como yo. Sólo llevo una peluca negra, contactos azules y un delantal a cuadros.

—¿Me dirás qué es lo que piensas de mí? —Se cruza de brazos.

—Pienso de ti muchas cosas. Ninguna buena, por cierto.

—¿Cosas obsenas, Santa Lucía?

—¡Largo de aquí!

Empieza a sonreír. Me niego a mirarlo.

—Está bien, está bien —con sus manos forma una “T”—, pido una tregua. Me refiero a eso de “mis actividades de capitán del equipo de fútbol” —lo señala incluso con comillas aéreas.

—¿Todavía estás con eso?

—Necesito saber.

Me aparto de su lado, doy unos pasos hacia el interior del stand pero me vuelvo para responderle:

—Solo lo dije para confundirte y lo he conseguido.

—No —él da un paso adelante—, lo dijiste porque tienes una opinión sobre mí, ¿cuál es?

—Mira, Luciano —yo también doy un paso hacia él—, no tengo ninguna opinión de ti, excepto ésa que ya conoces: que eres el más grande idiota de toda la secundaria —en lugar de ofenderse disfruta de lo que le digo. Es

insoponible.

—No es la respuesta que busco pero lo dejaré pasar por esta vez...

—¡Lucianito...! —Exclama la famosa “Miss G.” que hoy ha adornado la fiesta con su disfraz de Audrey en *Breakfast at Tiffany*, un vestido negro y largo, que le envuelve como un guante cada curva de su cuerpo. Miss G. es la coordinadora de las actividades pre-graduación de la secundaria, el cerebro detrás de esta fiesta, madre soltera de Andre y mi tía.

La tía Gisselle Ortiz, a la que todos llaman “Miss G.” por ser la profesora de Inglés, es la hermana menor del que fue mi padre, un investigador reconocido, que hace poco más de cinco años, se dirigía con mi madre a la capital para asistir a un congreso en el que expondría uno de sus celebrados trabajos cuando ambos sufrieron un fatal accidente que nos dejaron a mi hermana Melissa y a mí huérfanas. Tía Gisselle, siendo nuestra única familia, consiguió con el abogado de mi padre nuestra custodia, en particular la mía, porque para ese entonces Melissa, mi hermana mayor, estaba por cumplir la mayoría de edad. Tía Gisselle convino con Melissa y el abogado en rentar el apartamento en el que habíamos vivido como familia en ciudad Lara, de tal modo que con lo que devengara el alquiler se pagara la universidad de mi hermana, que sumado a la manutención que nos correspondía por ley de los beneficios contractuales por el trabajo de papá como el más importante investigador de la universidad local, siendo, en ese momento, las dos menores de edad, Mel podría hacer su vida universitaria sin problemas el año siguiente.

No deseo extenderme en narrar lo duro que fue adaptarnos a nuestra nueva situación, a la pérdida de nuestros padres, a una nueva escuela y a una ciudad que, si bien conocíamos porque frecuentemente solíamos venir de visita, no era la que nos daba habitación; tampoco en lo desolador que fue para mí que unos meses después Melissa también me dejara para asistir a la universidad y estudiar la carrera universitaria de acuerdo a los planes que aún en vida había trazado con nuestros padres.

Durante este tiempo Tía Gisselle y Andre, mi primo, han sido claves en el reestablecimiento de mi vida familiar, incluso podría decirse que en este momento soy una adolescente que se ha recuperado del dolor, que goza de salud, familia, amigos, un plan organizado y que espera con ansias reunirse con su hermana cuando termine la escuela y cumpla la mayoría de edad.

—Miss G. —con una sonrisa para la profesora, Luciano hace espacio entre él y yo, distracción que aprovecho para terminar de colocarme detrás del

stand.

—¿Tienes frío, o se supone que vienes disfrazado?

—Frío, Miss G. Eso es.

—Pero si está caliente aquí adentro, Lucianito.

—Es que se cree tan *básico* como Lloyd Dobler, tía —él me mira con atención, como si no creyera que sé que vino vestido como John Cusack en esa escena icónica de la película *Say Anything*.

—¿Lloyd Dobler?

—Es el personaje de una película —se pasa la mano por la nuca, sintiendo el embarazo de tener que explicar su atuendo.

—¿De cuál película? ¿Lulucita, la hemos visto?

—Muchas veces, tía. *Say Anything*, una película de los ochenta. John Cusack es el protagonista.

—Año 89 para ser más preciso —dice él.

—Me encanta John Cusack en *Debe Amar a los Perros*, pero *Say Anything*... *Say Anything*... ¿De qué se trata?

—De un chico común —se apunta con el dedo y sonríe cuando detecta que le he puesto los ojos en blanco— que al término de la escuela consigue una cita con la chica más lista —me da una mirada furtiva—. Algo así, Miss G., como si Santa Lucía, aquí, concediera una cita *a un idiota como yo*. Esos ojos otra vez —me pellizca la nariz, siempre tiene problemas con mis ojos en blanco—. Miss Gisselle, usted que es su tía, ¿qué opinión tendría sobre eso?

—Me conformaría con que la invitases a bailar, *Lucianito*.

—Disculpa, ¿qué?

Tía Gisselle me mira conmovida.

—Tía, por favor, éste no hace más que darme en las narices. No creas nada de lo que dice.

—Miss G., lo que sucede con su sobrina —me baja el brazo que he levantado inconscientemente— es que no quiere salir con nadie. Ni con ese pobre novio que tiene en internet.

—¿¿Tienes un novio en internet, Lulú?!

Tía Gisselle le ha obsequiado a Luciano, en bandeja de plata, su objetivo de impresionarla y burlarse un poco más de mí.

—No, tía, que no hagas caso de nada de lo que te diga —de una sacudida me deshago de sus dedos que me han tenido secuestrado el brazo—. La única verdad que ha dicho es que es un idiota, todo lo demás ignóralo y déjalo ir, por favor, que me está espantando la clientela.

—¿Cuál clientela? —Replica Luciano casi con una carcajada—, si aquí no veo a nadie y te has negado a venderme un cupcake.

—No me he negado, te lo obsequié. Y no sabemos si las personas se han abstenido de acercarse por sentirse intimidadas por tu presencia, *Dobler*.

—Mi presencia aquí solo conseguirá *atraer* a la clientela no ahuyentarla.

—Bueno, bueno, dejen de darse riña, ¿en qué podemos ayudarte, *Luciano*?
¡Vaya!, algo debe estar pasando para que tía Gisselle no le dijera “Lucianito”.

—Sí, bueno, eh... ¿Usted sí va a venderme uno de esos cupcakes de chocolate, Miss G.?

—¿Un cupcake...? ¿A eso has venido? —Tía Gisselle le pone los ojos en blanco y le ofrece el mismo cupcake que ha pasado de las manos de Luciano, al mostrador, a las mías, a Luciano otra vez y al mostrador—. Lulucita, los hizo.

—¡Ah, los hizo Lucía...!

Gracias, tía.

—Toma nuevamente el cupcake buscando mi mirada y cuando la encuentra le da un mordisco seductor, como si estuviera besándolo.

—Buenos, ¿no? —Tía Gisselle se cruza de brazos. Parece enfadada.

—*Como gotitas de cielo* —me mira a hurtadillas como diciendo “sé perfectamente de qué has venido vestida”. Yo evito demostrarle que me ha sorprendido—. Una pregunta, Miss G., ¿usted ha visto *Friends*, la serie de televisión?

—*Friends*... ¡Por supuesto!

—¿Cuál es su personaje preferido? —Inquire, devorando ese cupcake como si fuera el último en el mundo y ésta la hora final.

—Joey, por supuesto.

—El mío es Mónica —señala mirándome con ese cinismo característico, luego extiende el brazo para pellizcarme la mejilla—. Me gustan más tus ojos oscuros.

Me siento enfurecida.

—Mónica, claro, cómo no quererla, si vivo con ella —tía Gisselle me mira de reojo.

—¡Tía...!

—En fin... ¿cómo te ha parecido la fiesta, Lucianito? *¿Es que no piensas bailar?*

—Sí, sí, sí pienso bailar, Miss, G., pero específicamente con una de sus

alumnas.

No solo su sonrisa es cínica, su mirada también lo es.

—Ah, si lo dices por Lulucita... —tía sonrío y me mira con ternura; yo miro a Luciano furiosa. Entiendo bien lo que están haciendo—, puedes llevártela. He venido a sustituirla.

Luciano me mira con esos ojos grandes que tiene, pero su expresión es tan seria que me confunde, entonces extiende la mano en atención a la oferta que ha hecho mi tía. La miro y luego a él. A invitarme a bailar no es a lo que ha venido.

—¿Vas a dejarme con la mano extendida?

—Tú no has venido a invitarme a bailar —necesito protegerme.

—Eso no puedes saberlo —veo claro que sus ojos se desvían hacia mi tía.

—Ve, Lulú —interviene tía Gisselle, haciéndome salir de detrás de la mesa—, a todo pones oposición. Yo te cuido las *grandes* ventas de hoy.

La miro enfadada, no por el comentario que ha hecho sobre las ventas sino porque me obliga a bailar con Luciano, cuya mano sigue extendida esperando por la mía. Avanzo, cruzada de brazos, como si estuviera protegiéndome de algo, pero termino tomándosela. Es suave, cómoda y se ajusta perfectamente a la mía; lo sé porque no es la primera vez que bailamos. Me conduce al centro del gimnasio, donde más de un grupo de conejitas y gatitas bailan con zombies y vampiros. La fiesta en lugar de Halloween parece un zoológico.

—Que sepas que no me gusta que me inviten a bailar por obligación —me acerco a su oído para que pueda escucharme, afortunadamente lo que está sonando no requiere que nuestros cuerpos estén unidos.

—¿Quién dice que ha sido una obligación? —El calor de su aliento en mi oreja me desconcentra y provoca un cosquilleo en mi cuerpo, su mano en mi cintura hace que me sienta acalorada. Tomo su otra mano y me lo llevo al punto en el que está todo el último año; bailar en grupo es la mejor forma de evitar la intimidad de un baile en pareja, especialmente si ha sido arreglado.

Al cabo de unos minutos la música cambia a un merengue, cada uno de los chicos escoge a su pareja, Becca baila con Ulises, su, algo así como ex novio, si puede dársele a un casi “ex novio” algún significado nominal; Joaquín no se lo ha pensado para tomar a Verónica de la cintura; y Gonzo baila con Paty. Yo me quedo dudosa delante de Luciano, no quiero que piense que intento sacar ventaja de la oferta de mi tía para bailar con él otra canción. Me ha pasado antes —*no con él*—, que quiero seguir bailando y mi pareja ha perdido el interés, es un rechazo demasiado incómodo y no pienso darle esa

oportunidad. Me largo a atender mi stand, que es a lo que he venido esta noche a la escuela.

—¿Dónde vas? —Me toma del brazo cuando me escabullo.

—Regreso a mis obligaciones. Gracias por el baile —le hago una pequeña reverencia, como si esto fuera una novela de Jane Austen, yo, Elizabeth Bennet, y él, Mr Darcy.

—No, todavía no hemos bailado, y obligaciones, ¿cuáles? —Mira mi stand solitario donde todavía está tía Gisselle, bailando sola y comiendo trufas—. Te compraré todos los dulces.

—Estás loco —mi lado de vendedora orgullosa sale a flote. No es una venta real si el cliente no siente verdadero deseo por comer el dulce.

—Los quiero todos.

—No.

—Voy por ellos.

—Noooo... —le detengo por el antebrazo. Sé que estoy sonriendo y él también, no con cinismo sino con dulzura.

—Supuse que no me dejarías comprarlos y no creo que lo que traigo esta noche sea suficiente para llevármelos todos... —desvió la mirada. Esto es insólito—, pero al menos acepta que compre la mitad.

—NO.

—Vamos..., me siento responsable, trabajas para la familia y todavía tienes que venir a la fiesta de tu escuela a vender dulces.

—Luciano...

Quiero darle las gracias por su amabilidad y decirle que mi problema económico no es el suyo pero le digo otra cosa.

—La pobre tía Gisselle se está perdiendo la fiesta por mi culpa. Debo volver con ella.

Me detiene.

—No puedes irte, me debes un baile.

—Ya hemos bailado.

—No, un baile de verdad. Saltar entre todos no es bailar.

Intento replicar, liberarlo del compromiso, pero él agrega:

—Y no cuenta decir que estoy obligado.

Suspiro profundamente pero cedo, lo que ha dicho me deja desarmada, sin excusas para negarme; además, me gusta bailar merengue y sé que Luciano es un bailarín perfecto, uno de esos chicos a los que observas bailar mientras secretamente estás deseando ser la que está entre sus brazos bailando con él la

pieza. A Becca, por ejemplo, le gusta bailar con él porque sabe que es uno de los más ligeros y con más destrezas de toda la escuela, y yo lo sé porque, como he señalado, él y yo hemos bailado antes algún merengue, por cierto.

—¿Por qué eres tan esquiva? —No me sorprende que me haga conversación mientras bailamos, la mayoría de los chicos no lo hace, pero él sí. Lo mismo fue cuando bailamos por primera vez, hace unos cuantos meses ya, y me preguntó por qué era tan seria. Yo no tenía idea de que lo fuera. Como es costumbre, sus inquietudes sobre mí me desequilibran.

—¿Esquiva? Si soy algo es accesible. Nunca esquiva —balbuceo.

Siento que estoy defendiendo algo que no tiene salvación y que nuestro sistema de preguntas agudas con respuestas mordaces ha presentado un defecto; uno de esos momentos en los que la mente se queda en blanco y tus mecanismos de protección te abandonan sin autorización.

—Si te invito a bailar, prefieres negarte, y si hablo contigo cercas la conversación. Eres esquiva.

—No soy esquiva. Si no te has dado cuenta, es una dinámica que tenemos. No te quejes.

—¿Tenemos una dinámica?

—Dinámica, guerra de voluntades, llámalo como prefieras —se lo piensa un momento—. No le hablo a nadie como a ti ni nadie me habla tan francamente como tú —empiezo a dudar en haber introducido este tema de nuestra supuesta “dinámica”.

—Entonces sí —acuerda llevando mi mano derecha a su hombro—, tenemos una dinámica.

El cambio del lugar de reposo de mi mano derecha, que ha estado antes unida a la suya, nos acerca tanto que puedo detectar la sombra de barba en su quijada, el cítrico de su perfume y si levanto un poco la mirada, quedarme hipnotizada por la viscosidad de la miel en sus ojos, que a esta distancia parecen casi verdes. Me siento nerviosa. Es justamente esta intimidad la que he querido evitar hace un momento cuando intenté escapar.

—Me gusta, quiero que sepas.

—¿Ah? —¿Qué ha dicho?, ¿quién le gusta?

—Nuestra dinámica.

Nuestra dinámica, Lucía, por Dios, ¿en qué estás pensando?

—Creo que has empezado a sudar frío —una de sus manos abandona mi cintura para limpiar la escarcha de mi frente—. No que hubiese algo raro en que tú me gustases.

Siento que mi cerebro se ha detenido, quedado en blanco, incapaz de procesar lo que Luciano está diciendo, pero empieza a molestarme esa sonrisita que tiene sobre la cara, que no sé interpretar. A estas alturas ya he debido decir algo mordaz pero mi mente sigue sin procesar pensamientos. Para mi tranquilidad me hace girar al ritmo de la canción, lo que me proporciona tiempo para aclarar la mente.

—¿De qué estás hablando?

—De nuestros gustos y la dinámica.

—¿Ah...? —Suelta una carcajada.

—No he dicho que me gustas —me dice al oído cuando deja de reír—. Deja de preocuparte —me mira, arqueando las cejas, asomando su sello de sonrisa cínica.

Me acerco a su oído y le digo una mentira:

—No lo he pensado. Deja de preocuparte.

Arrugo la nariz y sonrío con una mueca, contenta de tener devuelta mi agudeza y un poco del control de la situación.

—No lo estoy —me hace dar nuevos giros y seguimos bailando hasta que termina el set de merengue y la música cambia a un reggaeton.

Me detengo, rígida como el tronco de un árbol.

—¿Qué? ¿Qué sucede?

—Ni lo sueñes.

—¿Por qué? —Levanta mis brazos e intenta hacerme bailar pero no me muevo.

—No voy a bailar reggaeton —me planto—. Tengo un límite.

—Vamos... —me reprocha.

—No. Y te recuerdo que tengo cosas que hacer.

—Le pediré a mi hermano que te haga un depósito por todo.

—Luciano, no es gracioso —que quiera comprarme toda la repostería que se ha quedado fría en el stand. Es como una ironía, que el día que se supone todo el mundo quiere comer dulces, mis compañeros de la Eyre se resisten.

—Vamos, una canción más.

Aunque niego con la cabeza, me lo estoy pensando. ¡No puedo creerlo...! Bueno, hasta que él pone una mano en mi cintura, atrae mi cuerpo al suyo y empieza a hacer los movimientos propios del reggaeton. *O del apareamiento*, como prefieran denominar este baile.

—Luciano, no pienso mover el trasero como Verónica.

Él se detiene, me mira sorprendido y hace una carcajada de las suyas, de

ésas cuando algo le hace verdadera gracia. Luego asiente y me deja ir.

Cuando recupero mi lugar detrás del stand veo que está bailando con una gatita: Verónica precisamente. Aparto la mirada cuando sus ojos conectan con los míos, hace un paso vulgar para que le mire y se ríe burlescamente de la sosa “Santa Lucía” que no baila reggaeton.

Me enfado un poco más porque todavía puedo sentir el contacto de sus manos en mi cintura y su aliento en mi oreja.

A ti no quiero verte

—¿Tan rápido, Lulucita? —Me dice tía Gisselle cuando me detecta junto a ella en el stand, ha estado tan concentrada en las trufas que no parece remediar en nada más—. Pensé que te quedarías bailando. Aquí lo he tenido todo controlado.

—Sí, especialmente las trufas, lo he notado, tía.

—¿En mí has estado reparando mientras bailabas con Lucianito, mi vida? —Chasquea la lengua tres veces y se coloca otra dentro de la boca—. ¿No crees, mi cielo, que deberíamos recoger estos dulces para mañana hacer fiesta en el apartamento con Andrecito y Rebequita? Se te veía tan a gusto bailando, mi amor. Se nota que Lucianito es un excelente bailarín. Debiste luchar un poco más y quedártelo.

Furtivamente vuelvo la mirada a la pista, rogando a los ángeles que no me pille mirándole, pero es imposible, cuando nuestras miradas se encuentran ejecuta otro de los pasos más vulgares del repertorio del reggaeton. Actúo como si hubiese sentido una fuerte arcada. El muy cínico se ríe.

—Contigo parecía más armonioso y a gusto, Lulucita. Ve por él, ¿sí?, todavía estás a tiempo. Yo te cubro —tía Gisselle me da un guiño.

—Tía, creo que eres la única profesora que alienta a sus alumnas para que salgan a bailar reggaeton.

—No te lo digo como una profesora sino como tu tía, además sé que no eres vulgar, bailas lindísimo, Lulucita, con mucha gracia, y con Lucianito formas una pareja muy bonita —comenta llevándose a la boca otra trufa.

—¡¡¡Tía!!!

—Lo lamento, lo lamento, pero están muy buenas —dice antes de marcharse al grupo de los profesores con una bandeja llena de trufas. Ya qué me queda, si a estas horas no he vendido los dulces, mejor que tía Gisselle los aproveche

con sus colegas.

Un nuevo mensaje de Melissa aparece en el teléfono, está preguntando cómo me está yendo en la fiesta y si he bailado. Le respondo que sí he bailado, aunque me reservo el detalle de que no ha sido espontáneo sino orquestado por nuestra creativa tía. Si me preguntan, ese tipo de bailes no cuentan, carecen de sinceridad. Dos personas, manejadas como títeres a hacer algo que no quieren, es demasiado falso.

—Odio verte aquí, Lulú.

Les presento a Becca, la capitana del squad de animadoras, mi mejor amiga y algunas raras veces la voz de mi conciencia; una de esas inquietas personitas que van metiéndose en tu vida hasta ocuparla casi toda.

Cuando sucedió la tragedia de mis padres fue una especie de luz para mí, se esforzó en contagiarme su alegría y en ayudarme a ver que la vida continuaba y que debía continuarla por ellos; y cuando el destino se empeñó en separarnos, me refiero a la separación académica, ella en un curso y yo en otro, movió todas sus influencias, *y por influencias me refiero a la “tía G.”*, para que nos arreglara los horarios y cursáramos juntas si no todas por lo menos el ochenta por ciento de las clases. Ella siempre ha dicho que fue la gracia divina la que nos juntó y muchas veces —*no todas*— he llegado a pensar que es cierto.

—No lo odies, estoy pasándola bien.

Becca es una de las pocas chicas que no ha venido disfrazada esta noche, aunque sí muy arreglada con un maquillaje gótico perfecto. Es una vampiresa.

—Se nota. ¿Por qué no tratas de divertirte?

—¿Quién dice que no me estoy divirtiendo? Si he bailado, ¿es que no me has visto?

—Sí, gracias a Luciano que tuvo piedad de ti cuando le pedí que viniera a sonsacarte —toma un cupcake de los que tienen *topping* de crema de fresa y lo muerde.

—Disculpa, ¿qué has dicho? —Coloco el teléfono sobre mi regazo.

—Que si no hubiera sido por mí no habrías bailado siquiera una canción esta noche, Lulú.

—¿Enviaste a Luciano aquí para que me invitara a bailar?

—Era el mejor de mis soldados, el único capaz de controlarte el carácter. A Ulises un “no” tuyo le habría hecho huir de la fiesta como un perro asustado.

—No puedo creer que hicieras eso, Rebecca. ¿Es que no me conoces?

—De sobra, por eso lo hice. Además tía G. estuvo de acuerdo.

—¿Tía Gisselle estuvo de acuerdo?!

Por qué me sorprende, si la mujer me puso en bandeja de plata para que saliera a bailar con ese mentiroso.

—Sí, y tuvo que venir en auxilio del pobre cuando observó que pasaban los minutos y no salían a bailar.

—Esto es increíble —me levanto de la silla y me guardo el teléfono en el bolsillo—. No necesito de la intervención de ninguna de las dos, espero que sepan... —quiero decir, sé que cuando Luciano me ha invitado a bailar ha sido porque tía Gisselle le ha empujado a ser mi compañero, pero no me he imaginado que toda la escena correspondiera a un plan superior que me ha dejado expuesta, vulnerable y ridiculizada.

—Como sea, sabes que no te pongo atención. Pero a lo que he venido... ¿A que no adivinas quién está aquí?

—No me importa. No quiero hablar contigo, Rebecca, no sé si te has dado cuenta —le doy la espalda.

—Me he dado cuenta —pone una mano sobre mi hombro que me obliga a encararla—, pero cuando sepas lo que he venido a decirte me perdonarás en un segundo.

—No me interesa lo que tengas que decir —retomo mi lugar en la silla.

—Esto sí —dice saboreando el cupcake.

—Me tratas como si fuera una pequeña a la que hay que engañar con un dulce para que le saquen una muela. Te pasaste Rebecca... —chasquea la lengua como si yo fuera una exagerada—. Pero eso no es lo peor. Lo peor es que ese idiota me ha convencido de que se acercó por interés propio. Son todos muy buenos actores, ¡les felicito!

—¿Es eso lo que te molesta, que no se acercó a ti por iniciativa propia?

—A mí no me molesta nada que venga de ése —Becca se ríe.

—Lulú, si apenas le asomé la idea te miró, y dijo: “A eso iba”, caminó hasta aquí, y bueno, ya conoces el resto de la historia.

Busco a Luciano en la pista de baile para, no lo sé, hacerle la señal del dedo al estilo *Friends*, ya que conoce tanto la serie, pero no está por ahí. De cualquier forma me pongo furiosa.

—Dime algo, la vez anterior, cuando me invitó a bailar en casa de Paty, ¿también fue porque tú le sonsacaste?

—¿Cuándo fue eso...? —Realmente no parece recordarlo—. La única vez que le he pedido un favor parecido ha sido hoy.

Podría desconfiar en Becca, pero si algo tiene de rescatable es que no miente ni sabe hacerlo.

—Vamos, no seas tan dramática que te has divertido.

—Este tipo de diversión no cuenta. Es un engaño.

Ahora entiendo por qué no me dejaba regresar y me insistía tanto en que continuásemos bailando.

—¿Le ofrecieron dinero?

—¿A Luciano...? Si tiene más dinero que diez de nosotros juntos. Te digo que vino sin poner peros.

—Siento que le odio —con la mirada barro nuevamente el gimnasio pero no puedo encontrarle.

—Bueno ya te olvidarás de ese odio cuando te diga quién está aquí en la Eyre.

—Te dije que no me interesa —empiezo a recoger mi mercancía y a guardarla dentro de las cajas. Ya no quiero estar en esta fiesta.

—Esto sí. ¿Estás preparada? —La miro un segundo. Cuando Becca se pone así de molesta y así de ansiosa por comunicarme algo solo puede tratarse de una persona—. Sí, es lo que estás pensando: Eduardo está aquí.

Eduardo, justo en él he pensando. Eduardo es ese primer amigo que tuve en esta secundaria a la par de Becca, del que he estado enamorada una buena parte de ese tiempo, primero en silencio y después correspondida. Mantuvimos una relación por algunos meses hasta que la separación, consecuencia del cambio de escuela del que fue objeto, hizo que el noviazgo se enfriara y concluyera, pero siempre he tenido sentimientos reservados por él.

—¿Eduardo?

—Pensé que sería bueno prevenirte.

—Gracias por estar *tan* pendiente de mis sentimientos.

—*De nada* —me mira intrigada—. ¿Estás guardando los dulces porque te he convencido y vendrás a la fiesta?

—Me has convencido de largarme de aquí. ¿Has visto a Andre?

—No puedes irte, Lulú.

—Obsérvame.

—Pero si te he dicho que Eduardo está aquí.

—Y te he escuchado. Andre, ¿le has visto?

—Lulú no seas obstinada.

Le escribo un mensaje a mi primo, que no tarda en presentarse en el stand con dos vampiros del equipo de fútbol.

—Hola, Lucía —me dice Joaquín, uno de ellos, un chico dulce que suele ser

muy amigable conmigo.

—Hola, Joaquín.

—¿Vienes disfrazada?

—Sí, eh..., no, es solo una peluca.

—Te queda bien. ¿Bailas conmigo en un rato? —Le sonrío por respuesta, pero no quiero bailar.

—Lulú, no puedes irte —demanda Becca.

—Es lo que has logrado con tus mentiras.

—¿Te vas? —Indaga Joaquín.

—La cabeza me va a estallar —miento.

—No pueden ser mentiras cuando he venido a contarte la verdad —dice mi amiga—. Y tampoco puedes castigarme yéndote.

—No estoy castigándote, ya no quiero estar aquí.

—Pero si apenas has vendido algo.

—¿Qué sucede, Lulú? —Pregunta Andre, mi primo—. ¿Cómo es que quieres irte?

—No me siento bien, Andre.

Andre es otro de los pocos chicos que ha preferido venir sin disfraz. Dice que tiene suficiente con ser “Eyre” la ardilla, la mascota de la escuela, como para también disfrazarse hoy.

—¿Podrías llevarme a casa?

—No le creas, Andre —interviene ella—, está mintiendo.

—¿Por qué?

—Está enfadada conmigo.

—¿Qué le hiciste?

—Ay, no le creas, Andre —interrumpo el interrogatorio—. Me siento mal, dolor de cabeza —dramatizo poniendo cara de desmayo.

—No es cierto. Está enfadada porque envié a Luciano aquí para que la invitara a bailar.

—Claro que no estoy enfadada por eso —espero que alguien me crea—. Ni siquiera me importa.

—Bro ya venía a invitarte a bailar —dice mi primo.

—Mira, no me importa. Lo cierto es que ya quiero irme, ¿me llevas?

—Espera, los muchachos han venido a comprar tus dulces.

—¿Han venido a comprar? —Frunzo todo el rostro.

—Cupcakes —dice Joaquín.

—¿Cupcakes?

—De chocolate preferiblemente —argumenta Paolo, el otro vampiro—. ¿Quieres uno, Rebecca?

Sé muy bien cuando mi amiga intercambia miradas con un chico y acabo de detectar una. No es para menos, Paolo es alto, de cuerpo atlético, piel aceitunada, ojos azules y pelo castaño que le cae sobre los hombros, es la versión actualizada del mismísimo Paolo Maldini.

—¿Quién les ha pedido que vengan a comprar *cupcakes*?

Todo esto me parece sospechoso. Una jugarreta.

—Na-die —responde Joaquín, que ha perdido el color y tiene la frente perlada.

—Díganle a Luciano que muchas gracias pero los dulces ya no están en venta.

—Luciano no ha tenido que ver —explica Andre—. Fui yo, Lulú.

—No te hagas cómplice de ese bandido. Llévame a casa, *Andre*, por favor. Dolor de cabeza, ¿recuerdas?

—No, Lulú, no puedes irte, esto apenas comienza —me dice.

—Vamos, no te pongas difícil y véndenos esos dulces —insiste Paolo.

Respiro profundamente y extraigo de la caja tres *cupcakes*, uno de chocolate y dos de fresa que pongo en manos de Joaquín, Paolo y Becca.

—¡No soy difícil! —Les gruño y sigo con mi tarea de guardar los dulces.

—¿Cuánto cuestan? —Pregunta Paolo.

—No cuestan nada —sigo gruñendo y reservando los dulces en las cajas.

—¡Queremos *cupcakes*!

Ahora son dos gatitas animadoras que se presentan en el stand. Respiro hondo, Luciano se cree muy astuto.

Dos chicas, disfrazadas, una de Wonder Woman y la otra como Taylor Swift en el video de LWYMD vienen a comprar trufas; un minuto más tarde tres zombies me piden galletas de calabaza.

Luciano ha de estar divirtiéndose a mi costa. Más Zombies, un Spiderman, ocho vampiros, diez gatitas y catorce conejitas entre la Eyre y otras secundarias que se han colado en la fiesta vienen a comprar dulces. He tenido que desempacar todos los que he guardado, y en veinte minutos no queda nada.

—¡Hijita! —Dice tía Gisselle cuando sorprendida viene a mi stand—. ¡Lo has vendido todo!

Aunque trato de disimular la alegría en mi rostro —y sé que no habría vendido los dulces si no hubiese sido por la influencia de Luciano—, no puedo evitar el reflejo de mi orgullo.

—Estoy muy enfadada contigo, tía.

—¿Conmigo, por qué?

—Lo sabes muy bien.

—Lulú ya lo sabe, tía G. —interviene Becca, que se ha quedado para ayudarme con las ventas aun cuando no le he hablado y Paolo, después de pagar los cupcakes, la ha invitado a bailar.

—¿Qué sabe?

—Ya lo sé, tía, que tú y esta traidora enviaron a Luciano para que me invitara a bailar.

—Ay, cielo, solo queríamos que disfrutaras un poco de la fiesta. Que te divirtieras. No era justo para ti.

—Me gustaría que las dos me permitieran decidir lo que es justo para mí.

—Vamos, que te la pasaste bien bailando con el chico.

—Mira, no me lo recuerdes, tía, que a ése no quiero verlo.

—Pobrecillo, se preocupa tanto por ti y mira cómo le tratas. Aquí viene, por cierto.

Siento que me tenso con el conocimiento de esto.

—Veo que lo has vendido todo, Santa Lucía —se inclina sobre el mostrador.

—A ti no quiero verte.

Salgo de detrás del stand para alejarme de todo.

—¿Qué? ¿Por qué? —Le escucho decir mientras camino sin destino específico y lo dejo con sus dos estrategias.

Ando por el gimnasio, por primera vez desde que llegué, libre de obligaciones; algunas chicas de mi escuela me felicitan por lo deliciosos que han estado los *brownies*, la textura de los *cupcakes*, lo crujiente de las galletas y las cremosas trufas. A todas les sonrío y les agradezco la compra. Creo que estoy en deuda con mis compañeros, a pesar de que fueron enviados a hacer la obra de caridad de la escuela. Sigo andando, mirando cómo se divierten todos hasta que me detengo en un punto para contemplar mejor la fiesta.

—Si quieres bailar, solo tienes que pedirlo.

Esa voz es inconfundible.

Eduardo viste un suéter grisáceo y una pulsera de cuero en la muñeca, tiene la cara blanquecina, el pelo revuelto y los labios ligeramente demarcados.

—Creo que es Edward Cullen —me explica después de que le he repasado con la mirada—, mi hermanita me lo sugirió, dijo que así le gustaría más a las chicas, aunque a mí solo me importa gustarle a una.

—¿Ah, sí?

—Sí, ¿tú cómo estás?

Derretida cuando le veo los hoyuelos que se le forman en las mejillas al sonreír.

—Bien. Cuánto tiempo sin verte.

—Es cierto. Aunque te he seguido en Instagram.

Siempre le da “me gusta” a mis fotos y en ocasiones las comenta.

—También te veo por ahí.

—¿De qué se supone que has venido? —Me toca la peluca.

—De Mónica Geller.

Su rostro es un signo de interrogación.

—La morena de Friends...

—¡Ah, claro! Es difícil detectar el personaje.

—Sí... —miro su sonrisa, que siempre me ha desarmado, sin embargo solo consigo pensar en que Luciano lo ha sabido sin preguntarlo—. ¿Qué dices si bailamos?

Eduardo me toma la mano y me conduce a la mitad del gimnasio, donde se desarrolla el baile, veo que Becca está con Paolo entre las parejas. Me da un guiño y me sonríe cuando detecta con quién estoy. También le sonrío. Aunque estoy enfadada con ella no puedo hacerle un desaire, menos en un momento como éste.

—Te he extrañado —me dice cuando me coloca frente a él, me sujeta de la cintura y me toma la mano, que es casi dos veces más grande que la mía.

Yo también te he extrañado. Pienso, pero no se lo digo.

—Algunas veces he pensado en llamarte.

—¿Por qué no lo has hecho?

—Porque pienso que no contestarás.

—¿Te he dado la impresión de que no voy a contestarte?

—Que terminaras conmigo porque ya no nos veíamos me la ha dado. Tengo esa impresión grabada en algunas partes de mi cuerpo —con la misma mano que tiene tomada la mía señala su frente y su corazón.

—Fue lo mejor. Casi no nos veíamos y no quería que te sintieras comprometido.

—Yo estaba muy comprometido contigo.

—Lo sé... Lo siento.

Bajo la mirada, no quiero que él detecte ningún tipo de afectación en mí, pero un segundo después me levanta el mentón y retoma un viejo hábito suyo:

me acaricia la mejilla con el pulgar. Cierro los ojos y me dejo llevar por los recuerdos. Lo próximo que siento, y no sé qué parte es verdad y cuál un sueño, son sus labios presionando los míos.

Lu-lú

Me presento en la heladería la tarde del sábado esperando que Luciano me hubiera delatado con su padre sobre las verdaderas razones del cambio de turno y mi ausencia de ayer, las palabras “política de exclusividad” se presentan delante de mis ojos y temo que el señor Seri o Sergio, el encargado, me reclamen algo o me echen de mi único trabajo, pero mi jornada transcurre normal acompañada de Francesca y Fernando, dos de los empleados de los Seri además de mí. Ha sido un alivio adicional que el señor Seri estuviese sólo por algunos minutos en la tienda y que su esposa, Gabriella, no se presentara. Aunque en sí no reparan en mí y para ellos probablemente no existo, cuando ambos están en la heladería me pongo muy nerviosa, tengo la impresión de que están estudiándome, observando el mínimo error para emplearlo en mi contra y despedirme.

La tarde-noche transcurre sin novedades, ha habido mucha clientela, como suele haberla los sábados, y Luciano no se ha presentado por aquí, no que esperara que apareciese para pedir disculpas por su excelente actuación conmigo anoche, faltaba más, sino porque no tiene el horario del sábado, algo que he temido al venir esta tarde, pues, verán, cuando no tiene prácticas de fútbol, Luciano trabaja en la heladería de su padre sirviendo helados como yo.

Mi turno se ha terminado después de seis horas, los adultos: Sergio, Francesca y Fernando se quedan, por lo menos, dos horas más; por tratarse del fin de semana de Halloween la heladería ha estado más concurrida de lo normal. A mí no me permiten quedarme más tiempo del mencionado porque todavía soy menor de edad, pero cuando tenga dieciocho..., bueno, cuando tenga dieciocho espero estar con mi hermana, de regreso en Lara. Cuelgo mi delantal y el ridículo sombrero de brujita que nos han hecho vestir a nosotras para combinarnos con la decoración gótica de la heladería, y me despido.

Salgo a la terraza para esperar a Andre, que no demora en pasar por mí. Siempre está aquí puntual, tía Gisselle, a la que no he perdonado todavía por sus estrategias de anoche, le obliga aunque vivimos a muy pocas calles y fácilmente podría regresar caminando. Me acerco a uno de los balcones y miro hacia el boulevard, éste es un lugar muy bonito, uno de mis favoritos de esta

pequeña ciudad Verano, cerca de la bahía, en el que más temprano se pueden observar las gaviotas sobrevolando el mar durante la puesta de sol y a familias enteras disfrutando del paisaje, de un helado o un *smoothie*, parejas compartiendo un algodón de azúcar y niños en bicileta o patineta.

Cuando Mel y yo éramos pequeñas solíamos venir con nuestros padres de paseo a ciudad Verano, específicamente a la bahía para pasar el día con Andre y tía Gisselle. Mel siempre iba en su bicicleta, Andre usaba la patineta y yo, mis patines. Recuerdo cómo Papá tomaba la mano de mamá mientras nos cuidaban, sonrientes y muy enamorados. Es inevitable que, a pesar de la sonrisa, una lágrima rueda por mi mejilla; siempre que creo que lo he superado alguna remembranza me remueve los sentimientos.

Le escribo un breve mensaje a Mel sobre mis evocaciones, no puedo evitarlo, ella es la única que comprende lo que siento; por respuesta recibo una llamada.

—Mi chiquita, ¿estás bien?

Melissa refleja impaciencia en su voz.

—Sí, lo estoy —sollozo—. ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo todo, Lulú.

Siento que la voz de mi hermana se quiebra del otro lado y empiezo a lamentar haberla puesto triste, a ella que suele, a pesar de la adversidad, estar siempre alegre y mirar el lado positivo de las cosas.

—¿Todavía estás en la heladería?

—Sí —tomo asiento en una de las mesas desocupadas de la terraza—, tú, ¿dónde estás?

—Estoy en casa.

—Quisiera estar ahí contigo.

—No falta nada para que nos reunamos, hermanita. Dime, ¿cómo terminó tu fiesta de ayer? ¿Te divertiste?

—Me divertí y vendí toda mi dulcería —*con un poco de ayuda, claro*. El recuerdo de lo que, estoy segura, Luciano hizo por mí me conmueve y a la vez me pone furiosa.

—Ah, lo ves...

—Pero no te he contado algo...

Suelo informarle todos los detalles de mi vida a mi hermana, ella es mi guía, mi consejera, mi modelo a seguir, y normalmente suelo resolver mis pequeños dilemas tal y como ella me aconseja.

—Bueno, qué esperas, estoy desocupadísima.

Respiro profundo y empiezo a hablarle, a contarle el detalle más importante de la noche anterior, la parte más memorable: cuando Eduardo, aquel perfecto novio que una vez tuve, me habló, bailó conmigo y me besó.

—¿Te besó?!

—Como cuando éramos novios...

Bueno, no exactamente como cuando éramos novios, en aquel momento los dos teníamos quince y éramos bastante inexpertos y tímidos, lo de anoche no se sintió así.

—¿Y eso que significa? ¿Han regresado?

—No lo creo.

—¿Por qué te besó, entonces?

—No lo sé... Dijo que me extraña.

—A mí me extraña mucha gente y no por eso me besan en la boca, Lucía Daniela.

Siento que me sonrojo con el recordatorio del beso, de los labios de Eduardo sobre los míos y esos hoyuelos que se le forman en las mejillas al sonreír, que me derriten.

—¿Y tú, qué? ¿Cómo te sientes?

Tampoco lo sé...

—Normal, creo.

—¿Normal?

—Bueno, eso creo, aunque cuando evoco mi mano entre la suya, su cuerpo tan cerca del mío, pienso que... —me doy cuenta de que el rostro que se presenta en mi mente no es el de Eduardo.

—Mejor resérvate la versión triple equis, muchachita —detecto el tono risueño en su voz.

—Mel, por favor...

Ella sigue riendo burlonamente desde el otro lado de la línea.

—Está bien, está bien —intenta suprimir la risa sin conseguirlo—, ¿qué pasó cuando sus cuerpos pegostosos por la ardiente pasión que sienten el uno por el otro se tocaron?

—Eres asquerosa, Melissa. No pienso seguir hablando de esto contigo.

Ella continúa riendo del otro lado, provocando un poco de risa en mí también.

—Has convertido un tierno momento en algo vulgar —le digo poniendo todo mi empeño en que no se note la confusión de mis sentimientos.

—Disculpa..., disculpa... —dice entre un espasmo y otro—, ¿qué tienen de

vulgares sus cuerpos acalorados por la llama de la pasión?

—Eres peor que Rebecca.

—¡Becks...! ¿Qué es de Becks?

Becca siempre ha sido una gran consentida de mi hermana, con solo mencionarla logro que cambiemos de tema, lo que prefiero porque hay preguntas que ha hecho cuya respuesta no tengo todavía, además del caos que siento en el corazón.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? ¿Están enfadadas?

—Algo así.

Hoy ha intentado comunicarse conmigo cerca de veinte veces, pero no le he devuelto las llamadas ni respondido los mensajes.

—¿Cómo así? ¿Por qué están enojadas las inseparables?

—Porque Rebecca no conoce de límites y siempre está metiéndose donde nadie le ha dado acceso —suelto enfadada—. Por eso.

—Vamos, Lulú, ¿qué pudo hacer la pobre para ponerte tan molesta?

—¿*La pobre*...?

—Bueno, bueno, ¿qué fue lo que hizo? —Sí, a Melissa todo esto le parece muy gracioso.

—Ya sabes, una estupidez de ésas que sólo a ella se le ocurren.

—¿Cómo cuál?, a ver...

Aunque acostumbro a contarle todo a mi hermana, prefiero evitar lo que pasó ayer con Luciano, es algo que me hace sentir incómoda y vulnerable. Quisiera olvidar que sucedió; no obstante, *por supuesto*, él no me lo va a poner fácil. Un Jeep Wrangler café acaba de aparcar en la calle, frente a la heladería.

—Espera un momento... —le digo entornando los ojos para tratar de enfocar me en ese punto que creo estar mirando: Andre ha venido con él.

—¿Qué? ¿Qué sucede?

—Te hablo luego, Mel. Andre ha venido por mí.

No la dejo replicar, cierro la comunicación y me aproximo al Jeep.

—¿Qué haces aquí con éste? —Mi problema no es con Andre, Andre no ha tenido responsabilidad de lo que anoche su madre y mi amiga planearon con éste, el chofer del vehículo, en mi contra, pero es con Andre con quien me desquito, esperando que indirectamente su compañero comprenda lo muy enfadada que todavía estoy con él, que entienda lo muy poco que estoy en favor de verlo aunque ésta sea su heladería y yo, por línea familiar, su

empleada.

—¡Heeeey...! —Responde mi primo, tropezando al bajar del auto. Le atajo para que no caiga de bruces contra el suelo—. Paaazzz —argumenta con la lengua enredada, los brazos arriba y una lata de cerveza en una de las manos. Dieciocho es la edad legal para ingerir alcohol en ciudad Verano y mi primo la tiene, pero eso no significa que tenga que emborracharse—. Hemos venido a buscarte... En la casa de Paty está tooooooo el mundo.

No es necesario que le pregunte por qué no ha venido conduciendo el coche de mi tía porque la respuesta salta a la vista.

—Has estado bebiendo —le reclamo.

—Solo un poco —señala una pequeña cantidad con los dedos e ilustra la proporción sorbiendo lo que queda de la lata, antes de arrojarla en un cesto de basura cercano.

—Eres tan idiota como tu amigo, Andre.

Le miro a hurtadillas, se está riendo el muy cínico.

—Vamos, primita —pasa un brazo alrededor de mis hombros—, que tenemos conductor designado —señala hacia atrás, donde Luciano, que también ha apeado del Jeep, está inclinado con los antebrazos apoyados en el capó, atendiendo el desarrollo de la conversación entre mi primo y yo.

Le miro con fuego en los ojos cuando se atreve a sonreírme y saludarme con la mano. No ha debido ni siquiera levantar la mirada después de lo ridícula que me hizo sentir ayer en la fiesta, haciéndome creer que su interés de acercarse a mi stand había sido genuino.

—Pues no me interesa irme con ninguno —replico orgullosa, sintiendo que odio a Andre por haber venido con Luciano—. Prefiero regresar caminando, gracias —doy un paso para retirarme, pero me vuelvo y le miro—. Por favor, no le dejes beber más.

Guardo el teléfono en el bolsillo de atrás de mis shorts y empiezo a andar.

—¡Lulú, por favor...! —Exclama Andre.

—¡No me interesa tu fiesta, Andre! —Vocifero mientras voy andando y alejándome de la heladería por la vereda.

Respiro profundo, no sé por qué permito que esta situación me afecte pero es inevitable, lo único que he querido para terminar la noche ha sido regresar a la tranquilidad del hogar, cambiarme de ropa, comer unas galletas y echarme en el sofá para ver algo en la tele con Andre y tía, pero mi primo ha tenido que aparecer medio borracho con su conductor designado.

—¡Lucía...! —Le escucho decir detrás de mí, precisamente a este último,

pero no me detengo, por el contrario, aprieto el paso—. Lucía... —me toma del brazo para ponerme frente a él.

—¡Ay! —Me quejo; sin embargo él no cede en la fuerza con la que me tiene agarrada—. ¿Qué? —Me mira furioso. Bien, que se una al club.

—Necesito que me escuches.

—No quiero hablar contigo —remuevo el brazo pero él no cede en su agarre—, ¿es que no entiendes?

—No, no lo entiendo, pero, de todas formas... —siento que con esos ojos mirándome fijamente se está metiendo dentro de mis pensamientos.

Fuera. Fuera. Sal de aquí.

—Quisiera ofrecerte una disculpa...

—No me interesa tu disculpa —remuevo el brazo nuevamente sin conseguir que me libere. Es muy pesado cuando se lo propone. Es muy pesado siempre.

—Anoche aprendí mi lección —dice sin importarle mi deseo de no escucharlo—: nunca confiar en Rebecca, no importa cuán nobles sean sus intenciones, siempre abrirá su bocota.

—¿Ésa es la lección que has aprendido...?

¡No puedo creerlo!

—¿Por qué será que no me sorprende?

Por cinco segundos tenemos un duelo de miradas.

—Al menos ella dice la verdad —remato.

Su mirada es penetrante pero se la sostengo, no voy a dejarme intimidar porque eso es lo que quiere, que sea yo la que deje de mirar primero.

—Buenas noches —me libero de su agarre cuando siento que ha cedido en la fuerza con la que me ha tenido inmovilizada y baja la mirada.

¡He ganado! En mi mente levanto los brazos jubilosa; él nunca me deja ganar.

Retrocedo y continúo mi camino.

—¡No puedes irte así! —Vocifera.

Me vuelvo un poco aunque sigo caminando.

—¡Pues así es como me voy! —No pienso ceder.

—Lucía sé sensata —le escucho a unos pasos detrás de mí—. Castígame todo lo que quieras, pero no le hagas esto a tu primo. Él no tiene responsabilidad alguna del malentendido entre tú y yo.

Esta aseveración hace que me detenga.

—¿Crees que no lo sé? —Le enfrento, está más cerca de lo que he esperado—. ¿Por qué tenías que ser precisamente tú quien viniera con él? —Le

reclamo avanzando algunos pasos. Necesito que comprenda que no he querido verlo, que su presencia me molesta y que saca lo peor de mí—. Y, en todo caso, ¿por qué no me informaron que vendrían juntos? Nos habríamos ahorrado esta conversación y el disgusto.

—Porque no has contestado mis llamadas.

Es cierto, en la tarde trató de comunicarse tres veces, pero no le he contestado.

—Pudiste escribirme por Whatsapp.

—Si lo hubiera hecho, ¿habrías leído el mensaje? —Avanza un paso.

—...No, pero tú habrías cumplido con tu obligación y eventualmente a mí se me habría pasado el enfado y lo habría leído.

—¿Hoy?

—Dentro de una semana, tal vez —desvió la mirada.

—Dentro de una semana, cuando los pervertidos de la zona —levanta el brazo para ilustrarla geográficamente—, que hay algunos, por cierto, y suelen presentarse a estas horas —de soslayo miro en derredor, no quiero demostrarle miedo, pero no puedo evitar que se me erice la piel y se me hiele la sangre—, te hubieran hecho ofertas indecentes y te encontraríamos muerta a orillas de un acantilado.

—Estás viendo demasiadas películas, Luciano —replico con una mueca de sabérmelas todas; pero justo en este momento un borracho de *esos que suelen pasear por la bahía*, que no va a permitirme que le gane nada a Luciano, balbucea unas palabras que me ponen nerviosa y hacen que en dos pasos esté delante de él, que me recibe entre sus brazos como si necesitara protegerme.

Cuando el hombre se larga y el temor me deja libre soy capaz de percibir algunas cosas que presa de la angustia no he detectado antes. Lo primero es que también estoy abrazando a Luciano, acto que no creo haber perseguido cuando me he colocado delante de él; lo demás es un compendio de detalles y sensaciones tales como: que así, abrazados como estamos, mi cabeza queda justo debajo de la suya y cabe perfecta en el hueco junto a su cuello, que la tela de su camisa es suave como una mota de algodón y el perfume cítrico que lleva puesto hace que quiera quedarme aquí pegada respirando su olor. Me separo bruscamente cuando soy consciente de que estoy tomando nota de cada uno de estos detalles y le golpeo en el pecho como represalia por todo lo que me ha hecho en las últimas veinticuatro horas.

—Acepto que me dejes en casa de tía Gisselle.

—Acepto ir contigo adondequieras —lo dice con tal intención que en el

estómago se me presentan unas inesperadas burbujas.

Andamos en silencio de regreso al auto, donde Andre está esperando, inclinado sobre éste, con los ojos cerrados y moviendo los labios. Está rezando, siempre reza cuando algo no sale como él ha esperado. Carraspeo un poco para que detenga ese Padre Nuestro en proceso.

—¡La convenciste!

—En realidad fue aquel hombre —Luciano señala al borrachín que está a unos treinta metros de nosotros—. Tu prima es demasiado terca —me mira de reojo.

—Pero vale lo que el oro —Andre me abraza y me besa en la sien.

—¡Puaj, Andre! —Aunque huele horrible creo que se le ha pasado la borrachera—. A tía Gisselle no va a gustarle encontrarte así.

—Miss G. no debe enterarse de que he bebido —dice con voz impertinente—. Ahora, vamos.

Andre me cede el puesto del copiloto y él sube en el asiento de atrás del Jeep. Durante el camino dice todo tipo de disparates, cuenta eventos que han sucedido esta tarde en la casa de Paty, donde está reunido todo el último año según entiendo, una de esas fiestas que se organizan en treinta minutos. Estoy escuchando lo que dice y río cuando corresponde, pero es más el tiempo que paso interesada en la forma de conducir de Luciano, que va concentrado en el camino a una velocidad precisa y que cada cierto tiempo, segundos, aparta la mirada de la carretera para dirigirla hacia mi lado, que en lo que dice mi primo. La sensación de su calor cuando me ha abrazado para protegerme del rufián del boulevard la tengo todavía sobre la piel.

—Aquí estamos —dice cuando se estaciona delante del edificio en el que vivo.

—¿Qué? ¿Por qué estamos aquí? —Pregunta Andre.

—Porque tu prima aquí se queda —me mira de soslayo otra vez, recordándome el acuerdo entre él y yo.

—¿Qué...? ¡No, Lulú, no puedes quedarte! ¡No puedes hacerme esto!

—¿Por qué no?

Andre avanza desde la parte de atrás del coche hacia el espacio medio entre Luciano y yo.

—Porque si subes sin mí, Miss G. sabrá que no he ido por ti.

—Pero *has* ido por mí.

—No como he debido... Tú me entiendes.

Entenderlo, claro, que ha debido recogerme en el coche de tía Gisselle,

subir conmigo al apartamento para quedarse y no volver a la fiesta para seguir bebiendo. Tía Gisselle prefiere que cuando alguno de los dos asista a una fiesta, en especial cuando mi primo se presente en una, la otra persona, *es decir yo*, también esté presente. Suelo ser la conductora designada.

—Además, me rogó que te llevara conmigo a la fiesta y me dijo que no aceptara negativas de tu parte.

—Te prometo que no sabrá que he vuelto a casa.

—Ella lo sabe todo, Lulú, ya la conoces.

—Andre, yo...

—Lulú, por favor —me ruega con las manos unidas—, no te niegues.

Miro a Luciano que está enfocado en mí.

—Hazlo por él —me dice—. Se lo debes, te busca todas las noches en la heladería.

Le miro, él sigue expectante, con la misma forma en las manos. Creo que va a rezar otras cinco plegarias para que no suba al apartamento. Luciano tiene razón, si hay alguien que merece mi apoyo incondicional es Andre. Esta vez seré yo quien le rescate, aunque sea para evitar que siga abusando de la bebida.

—Está bien... —cedo.

—¿De veras?

Asiento con la cabeza.

—Gracias —sé que viene a besarme en la frente pero le detengo.

—Con una condición —levanto la mano y se queda a mitad de camino.

—La que sea.

—Que no beberás más por hoy.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Es mi condición —miro a Luciano que está atento a mis palabras—. No quiero volver contigo borracho y que mi tía piense que no te he cuidado.

—Pero...

—Tienes que prometerlo.

—Cinco más.

—Bien, aquí me bajo —pongo la mano en la manivela de la puerta para apearse del coche.

—Espera, espera... —me detiene—: Tres.

—Gracias por traerme, Luciano —me mantengo firme en que debe dejar de tomar por esta noche. No son las once y ya está en un estado de felicidad etílica tangible, a las dos de la mañana no sé qué será de él.

—¿Dos?

—Una —cedo.

Pasa una mano por detrás de mis hombros y me acerca a él para abrazarme y darme ese beso en la frente que le he negado hace un momento.

—Ya sabes cómo preferiría que me demostraras tu gratitud.

—Sí, sí, solo una cerveza más —suspira.

—Perfecto... —Luciano se reestablece en su asiento para poner en marcha el Jeep, pero yo agrego otro aspecto para este acuerdo que no ha sido mencionado antes—: Solo algo más... —los dos chicos me miran confundidos—. No estoy presentable para ir a una fiesta.

Tengo puesto el uniforme de la heladería, que el fin de semana cambia el monótono polo azul marino por una blusa blanca de pepas en colores pasteles, mientras ellos están con sus mejores ropas de un sábado por la noche. No iré vestida de uniforme.

—Nadie se dará cuenta.

—Andre, necesito cambiarme —puntualizo.

—Si subes no bajarás, te conozco.

—Tal vez Kira pueda prestarte algo —sugiere Luciano.

—¿Kira?

—¡Sí, Kira! —exclama Andre.

Luciano encoge un hombro y frunce la boca.

—Sí, claro... —le digo.

—¿Por qué no?

—A tu hermana no le gustan las fiestas.

—¿Y eso qué?

—No creo que tenga algo que prestarme.

—Es una chica. Todas las chicas tienen algo de fiesta que ponerse.

—No estoy segura...

—Vamos, Lulú —interviene Andre—. Tienes que decir que sí..., además, quisiera ver a Kira esta noche.

Kira es el amor platónico de Andre, en la escuela siempre está molestándola pero ella no le hace ni un poco de caso.

—A Kira no le gustará verte así.

—A ella no le gusta verlo. Punto.

—Es pura tensión sexual la que siente por mí, bro —explica.

—Andre..., aunque es una arpía, estás hablando de mi hermanita.

Río un poco, los celos de Luciano por su hermana son adorables.

Kira y Luciano no son gemelos, sin embargo, tan pronto la dirección de la escuela detectó el nivel intelectual de la chica la promovió de grado haciéndola cursar asignaturas paralelas a su hermano. Es muy simpático cuando los tres estamos en la misma clase, ser observadora del antagonismo de ambos no tiene comparación, es de las cosas más divertidas que me ha tocado presenciar en mi paso por la Eyre. Kira es menor que nosotros por un año, y unos meses más en el caso de Luciano, pero es tan inteligente y madura como cualquiera del último año.

—¿Qué dices, Lu-lú? —Despacito desliza entre sus labios el nombre por el que se refieren a mí mis familiares y conocidos más cercanos. No sé qué me da escucharlo venir de él, se siente poco natural, forzado y demasiado raro, pero me gusta que se haya arriesgado a tener esta familiaridad conmigo.

—Escuchen, no tardaré demasiado, no necesito ponerme un vestido, con unos jeans y camiseta limpia bastará. Solo subiré y me cambiaré. No demoraré más de diez minutos.

Los dos se miran y luego a mí.

—Entonces —dice Luciano—, si todo se resume a jeans y camisetas limpias, creo que con Kira tenemos de sobra con que ayudarte.

—Kira y yo no tenemos las mismas medidas —ella mide al menos diez centímetros más que yo y es plana en lugares en los que yo no lo soy.

Creo que Luciano va a repasarme por encima de la ropa con la mirada, pero se arrepiente y la devuelve a mis ojos.

—Creo que sí puede funcionar.

—Claro que no.

—Mira ya estamos en el auto, pero si pones tantas objeciones —dice con voz molesta— es porque no quieres ir a la fiesta, así que Andre, amigo —le mira a través del espejo retrovisor—, lo mejor será que dejes tu coche donde Paty, yo mañana vengo a recogerte para ir a buscarlo, y que te bajes aquí con tu prima, que no está dispuesta a ceder cuando se trata de hacer algo por ti. No quiere ir a la fiesta porque no le gusta divertirse.

—Bro..., que dijo que sí irá.

—Dije que sí iré... —levanto la voz—. Y sí me gusta divertirme —puntualizo. Él encoje un hombro como si no le importara. No le importa, de hecho.

—No te bajes aquí, Lulú. Por favor acepta la ayuda de Kira.

Suspiro profundamente.

—Está bien —cedo mirándolo. Deseo imponerme y hacerle la guerra a

Luciano, que se compone en su asiento de mala gana, pone el coche en marcha y fija la mirada en el camino. Quiere aparentar estar molesto, pero veo que está escondiendo una sonrisa.

—Solo espero que sepan que esto es ridículo —me compongo en el mío, cruzándome de brazos.

Definitivamente odio a Luciano Seri.

Sigue leyéndola [Amazon.com](https://www.amazon.com) / [Amazon.es](https://www.amazon.es)

Más de la autora



[Amazon.com](https://www.amazon.com)
[Amazon.es](https://www.amazon.es)

^[1][N. del A.] Juego de naipes venezolano